

Revista de **FOLKLORÉ**

Fundación Joaquín Díaz



Editorial	3
Joaquín Díaz	
La mantis verde en Madrid: la magia del <i>simbuscarle</i>	4
José Manuel Fraile Gil	
Gastronomía, arte culinario y bebida en la fiesta de Moros y Cristianos	11
Miguel Ángel Martínez Pozo	
El protagonismo femenino en el ámbito musical histórico (I)	23
María Soledad Cabrelles Sagrado	
El Corpus en Extremadura	33
José Luis Rodríguez Plasencia	

SUMARIO

Revista de Folklore número 394 – Diciembre de 2014

Portada: Les Estampes-Grund, Paris. *Etable de Bethléem* de Jean I de Gourmont, s. xv/xvi

Dirige la Revista de Folklore: Joaquín Díaz

Edición digital, diseño y maquetación: Luis Vincent

Corrección de textos: Rosa Iglesias

Fundación Joaquín Díaz - <http://www.funjdiaz.net/folklore/>

ISSN: 0211-1810

Patrocinado por la Obra Social y Cultural de Caja España / Caja Duero

Caja España 

Caja Duero 

Nicolao Florentino, médico casi tan citado como Galeno, fue uno de los muchos hombres de ciencia que confirieron gran importancia a la luna, aunque —al igual que algunos colegas— se curara en salud haciendo la salvedad de que «aunque la luna señale e influya una cosa, Dios nuestro señor puede, y está en su mano ordenar, otra muy diferente, y que no pocas veces por yerro de los médicos, por algún desorden de los enfermos o por otras causas, se hace mortal la enfermedad que de suyo no lo fuera». Según sus palabras, para juzgar el proceso de una enfermedad se habían de saber dos cosas: «La primera, el propio día que comenzó la enfermedad o se sintió de mala gana. Y la otra, el día de la conjunción propasada. Sabidas estas dos cosas bien y fielmente, se miran los días que hubiese desde el día de la conjunción hasta el día que comenzó la enfermedad inclusive. Sabido, pues, este número de días, se buscará por la tabla siguiente (y adjunta una tabla), y enfrente de aquel número se hallará el suceso de la enfermedad». La dicha tabla contiene treinta números, alguno de los cuales sugiere unas explicaciones que nos parecen tan exactas como las predicciones del Zaragozano, que a veces pronosticaba que llovería... o no. A pesar de esa aparente ambigüedad, las alteraciones que el firmamento podía provocarnos estaban perfectamente previstas y descritas por los sabios gracias a la observación e interpretación previa de la máquina del mundo, idea representada por una serie de once círculos concéntricos en cuyo interior estaba la tierra, a partir de la cual once cielos o atmósferas contenían sucesivamente a la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno, el firmamento, el cielo cristalino, el primer móvil y el cielo empíreo. A partir del octavo cielo, es decir, del firmamento (todavía visible a los mortales), se producían numerosos efectos que tenían su influencia sobre la tierra y sus habitantes según la posición de las estrellas y los planetas.

En cualquier caso, Nicolao Florentino debía de ser un médico un tanto sibilino y de letra complicada, ya que transcribiendo Luis de Oviedo (en el *Método de la colección y reposición de las medicinas simples*) la receta de uno de sus jarabes, el de achicoria —con el que según él se curaba la opilación del hígado, aunque ahora nos parezca un gazpacho extravagante—, varias veces se queja de la dificultad de lectura y de comprensión del texto de Florentino. Para ese jarabe debía usarse la «endivia doméstica, la endivia silvestre, la achicoria, tarasacon (de cada uno dos manojos), cicerbita, hepática, escarola, lechugas, sumaria, lúpulos (de cada uno un manajo), cebada con la cáscara, alchechengues (de cada uno una onza), regaliza, culantrillo de pozo, doradilla, polítrico, adianto, cuscuta (de cada uno seis dracmas), raíces de hinojo, raíces de apio, raíces de esparraguera (de cada uno dos onzas), cuéza-se en la cantidad de agua que bastare y cuélese y con azúcar blanco y duro se haga jarabe, y por cada libra de él se ponga a cocer de buen ruibarbo cuatro dracmas y de espica cuatro escrúpulos, atados en un lienzo ralo, el cual a menudo se exprima en el entretanto que el jarabe se cuece».

El número once de esa tabla mencionada de Florentino, por ejemplo, habla de un proceso tras el cual el enfermo «presto sanará, o luego morirá». No se sabe si por culpa de tales vaguedades —o tal vez precisamente por ellas— estos libros tuvieron un éxito notabilísimo, sobre todo entre los que quedaban vivos y podían contarlos, ya que no se sabe de ningún fallecido por su causa que volviera del otro mundo para hablar en contra de sus efectos.

EDITORIAL

LA MANTIS VERDE EN MADRID: LA MAGIA DEL *SIMBUSCARLE*

José Manuel Fraile Gil

De entre el arcano mundo de los insectos, la mantis religiosa no pasa desapercibida a ojos de quien la contempla. Acaso la desazón que produce la fijeza de su mirada, la capacidad que tiene para girar su hociuda cabeza y seguirnos con su gesto, o los variados tonos con que tiñe su cuerpo para camuflarse, hacen de esta bestezuela una inquietante criatura¹.

De la infinita nomenclatura con que se la denominó en el ámbito popular van quedando pocos restos, pues los reportajes televisivos y la general escolarización han difundido el nombre de mantis o *aman-tis* religiosa en amplias zonas rurales de España y, cómo no, de Madrid. El apelativo 'mantis' tiene la misma raíz griega que 'mancia' o 'arte de predecir', por lo que viene a significar 'adivinatora'. No fue sino hasta fines del siglo XVIII cuando empezó a ser tenida en cuenta por los científicos españoles, y es de 1846 la primera referencia escrita que he encontrado,



La intensidad aparente de su mirada le da un cierto aire alienígena. Foto: Ángel Sánchez Crespo

1 A otras, en el ámbito madrileño, he ido dedicando una serie de opúsculos nesta misma revista: «La golondrina en el cancionero tradicional madrileño», 1994, n.º 167, págs. 166-170; «Lagartijas, lagartos y culebras por la tierra madrileña: rimas y creencias», 1996, n.º 185, págs. 162-170; «La mariquita: un destello encarnado en el aire madrileño», 1997, n.º 192, págs. 197-200, y «Cigüeñas blancas en el cielo madrileño. El primer aleteo primaveral», 1997, n.º 203, págs. 154-162.



Macho de mantis, protagonista de un mito que no siempre es cierto. Foto: Ángel Sánchez Crespo

centrada en el reino de Galicia, al describir el laboratorio de Juan Gutiérrez de la Cruz: «... si sorprende el número de los géneros, más debe admirar el que se encuentren especies que hasta aquí se consideraban como indígenas de las Indias, cuales son entre ellas, la *Mantis religiosa*, la *Mantis gongilodes de Cuvier*, y una de las especies de género *espectros* de Stoll»². Así pues, en nuestro trabajo de campo, y para evitar confusiones, decidimos mostrar vía teléfono móvil una imagen de este insecto en demanda de su nombre, y muchas personas incluso de edad avanzada afirmaron con categoría que era una mantis lo que enseñábamos, algunos la apellidaban ya de religiosa y otros muchos aseguraban que tras la cópula engullía al macho; hábito este que no es siempre cierto y que tampoco es exclusivo de esta sola especie. Pero, aun desafiando a estos dos asertos tan extendidos, conseguimos allegar todavía un buen manojito de apelativos madrileños —que desgranaré en este artículo— y del resto de España, que irán en las notas al pie³. Además, en esta provincia

central recogimos un par de formulillas para hostigarla a que mueva las manos, e interesantes informes sobre la ooteca o estuche que fabrica para depositar en ella su puesta.

A partir del conjunto de nombres que recibió este insecto en tierra madrileña, podemos establecer una básica división, aplicable a otras zonas de la península, y teniendo siempre en cuenta que esa antigua nomenclatura se inspiró a menudo en el movimiento que la mantis realiza con sus dos patas

2 A. de FARALDO, «Miscelánea». *Eco del Comercio*. Edición de Madrid. N.º 1061.

3 El lector encontrará también en estas notas varios términos en lengua catalana recogidos por Romà Senar Lluç, quien me los cedió amablemente. Debo agradecer también su colaboración a David Mariezkurrena Iturmendi y a Jorge Luis Cobos Marco. Además, y por miedo a dejarlas en el olvido, publico también —tras el nombre de su localidad— las rimas que he ido recogiendo dedicadas a este insecto, que fueron generalmente de uso infantil. En su inmensa mayoría riman en é-a, y por ello tomando como protagonista al grupo de las teresas.

delanteras para atrapar y devorar sus presas, a veces de gran tamaño para su talla. En el primer grupo estarían los que la comparan con otros animales de mayor porte y diferente orden; a él pertenecen *caballito* (Guadalix de la Sierra, Miraflores de la Sierra, Patones y Villavieja del Lozoya), *cierva* (Guadalix de la Sierra), *cervatilla* (Algete) y *cervata* (El Atazar, Valdelaguna y La Puebla de la Sierra)⁴; y es precisamente en este pueblo, llamado antaño La Puebla de la Mujer Muerta, donde recogí la única rima madrileña, en forma de doble pareado, inspirada en ese nombre:

Cervatita, pon tus manos,
que se han muerto tus hermanos,
y si no las pones bien
te morirás tú también.

Un segundo apartado se integraría con las denominaciones caprichosas o enigmáticas que tuvo la mantis en pueblos como Colmenar de Oreja, donde la nombran *sampedro*, Estremera de Tajo, donde se la llamó *señorita del esparta*⁵, Fuentidueña de Tajo, donde se le dijo *muerte*, o Fresnedillas de la Oliva, lugar en que se personalizó como *la muerte misma*⁶; así como los apelativos que aluden a la persistente idea de que devora al macho tras el emparejamiento: *viuda*⁷ o *viudita* (Alcalá de Henares) y *dejaviuda* (Braojos).

El tercer apartado va ganando terreno a los anteriores, y comprende los nombres inspirados en Teresa de Cepeda y Ahumada (Ávila, 1515-Alba de Tormes, 1582), canonizada por la Iglesia de Roma en 1622⁸. Todos ellos apuntan a la posibilidad de que el insecto esté orando cuando mueve sus manos;

4 Al grupo de los «équidos» pertenecen: *caballico* (Alguazas, en Murcia), *caballito* (barrio de San Gabriel, en Alicante; Robleda, en Salamanca), *caballete* (Alesanco, Albelda de Iregua, Galilea, Sotés y Tobía, en La Rioja), *caballejo* (Casalareina, en La Rioja), *caballo del diablo* (Roma de la Vega, en Valencia), *caballito del diablo* (Arroyo de Cuéllar, en Segovia; Cútar, en Málaga; Llamas de la Ribera, en León; Riogordo, en Málaga), *caballico del diablo* (Valdepeñas de Jaén), *caballito de San Juan* (Cantalojas, en Guadalajara) o *cavallet de serp* (Campanet, Consell, Felanitx, Lloret, Palma, Portocristo y Sant Llorenç des Cardassar, todos en la isla de Mallorca); y al de los «cérvidos»: *cervanta* (Santa Cruz de la Zarza, en Toledo), *cervata* (Fuente de Pedro Naharro, en Cuenca) o *cervatana* (San Martín de Pusa, en Toledo).

5 A este tipo corresponden *cantamisa* (Fuensanta de Martos, en Jaén), *cigarrera* (Corés, en Álava), *mariagarcía* (Porcuna, en Jaén), *mariquita* (Laujar de Andarax, en Almería), *mariquita del campo* [mariquita del campo, / enseñame la saya] (Frigiliana, en Málaga), *marta* (La Nava de Arévalo, en Ávila), *papagüelo* (Almuñécar, en Granada), *plegamans* (Castelló de la Plana, Costur, Sant Mateu y Vinaròs, en Castellón; Ribera y Sagunt, en Valencia; Reus y Ulldecona, en Tarragona; Lleida), *saltaojos* (Valdecaballeros, en Badajoz), *tabaresa* (Viñas de Aliste, en Zamora), *trinquitesa* [trinquitesa, / pon la mesa, / y si no / te corto la cabeza] (Las Hurdes, en Cáceres) o *torero* (Iniesta, en Cuenca). Los nombres de género masculino son siempre minoría frente a los femeninos que han sido siempre mayoría, al menos entre los por mí recogidos. Otro grupo de nombres asocian el movimiento de sus manos a oficios religiosos, como: *pregadéu* (Barcelona, Igualada, Manresa, Osona, Santa Perpètua de Moguda y Sils, en Barcelona; Tavernes Blanques, en Valencia), *rezadora* (Lécera, en Zaragoza), *tocacampanes* (Alicante, Beneixama, Callosa d'en Sarrià, Onil, Pego, Pedreguer, Vall d'Alcalà y Xaló, en Alicante; Batea, en Tarragona; Ontinyent y Tavernes de la Vallidigna, en Valencia), *voltacampanes* (Vall d'Uixó y Vila-real, en Castellón; Algemesí, en Valencia) o *revoltacampanes* (Gandia, La Marzuquera, Simat y Moixent, en Valencia).

6 Santiago Serrano Alonso, nacido en 1946 en Fresnedillas, me comunicó además que: «Los mayores nos decían: “No las toquéis, que ese bicho es la muerte”; pero nosotros, cuando éramos pequeños, las llamábamos aviones». El apelativo *muerte* se recoge también en Arroba de los Montes (Ciudad Real) y La Alberca (Salamanca).

7 *Viuda* se le dijo también en Mora de Toledo.

8 Es, sin duda, la nomenclatura más extendida en la península, e incluso fuera de ella, como veremos más adelante: *santateresa* (Almoharín, en Cáceres [si te pica una santateresa / vete a por las andas a la iglesia]; Algar, en Córdoba [teresa,

como en Villavieja del Lozoya, donde el apelativo *santateresa* va desplazando al antiguo de *caballito*, y en El Atazar, donde la llaman *teresa* y dicen, además, al verla:

Teresa, teresa,
ponte la pata tiesa⁹.

La primera mención escrita que encuentro a este nombre popular de *teresa* se halla en un interesante artículo referido a la pequeña fauna malagueña y a los términos vulgares que allí recibe, fechado en 1875: «... todos los ortopteros o corredores, á los cuales pertenecen como especies típicas el *Forficula gigantea* ó corta pico, tigereta, el *Blatta orientalis* / *Blatta americana* ó cucaracha, curiana, y el *Mantis religiosa* ó teresa...»¹⁰. Curiosamente, este recuerdo a la santa doctora llegó incluso a las juderías sefarditas de Marruecos y, así, en Tánger: «... las llamábamos *santateresa*, los judíos y los cristianos; si veías una decíamos “una *santateresa*”, y daban bastante shenfina [grima]»¹¹. La idea de que la mantis reza cuando junta o alza sus patas delanteras¹² no fue, claro está, privativa de la religión cristiana. A este respecto he recogido un interesante testimonio proveniente de la capital argentina que combina además la nomenclatura local con la importada desde España: «Cuando veíamos un mamboretá, que debe ser el nombre autóctono, le preguntábamos: “Mariquita, ¿dónde está Dios?”, y levantaba una manito señalando al cielo»¹³. Pero, en general, la mantis no tuvo buen cartel¹⁴, llegando incluso a afirmarse que pica o muerde: «A mí me decían de pequeño que si te picaba una era peor

/ pon la mesa, / que viene tu marido / con la pata tiesa / y te corta la cabeza]; Almuñécar, en Granada; Candeleda, en Ávila; Gaena, en Córdoba; La Alquería de Adra, en Almería; Lebrija, en Sevilla [santateresa, / pon la mesa; / si no tienes pon / pon la cabeza]; Sancti-Spiritus, en Salamanca; Valdeverdeja, en Toledo; Villarta de los Montes, en Badajoz), *santateresita* (Arevalillo, en Ávila; Cañamero, en Cáceres), *teresa* (Aceitunilla, en Cáceres [teresa, / baila en la mesa, / y si no, / te corto la cabeza]; Alosno, en Huelva [teresa, / pon la mesa, / que viene tu marido / con la pata tiesa]; Castil de Campos, en Córdoba [teresa, / pon la mesa, / que viene tu marido / y te corta la cabeza]; Nuez de Aliste, en Zamora [teresa, / pon la mesa, / que viene el rey de espadas / y te corta la cabeza]), *teresita* (Castilblanco de los Arroyos, en Sevilla; Cuevas de San Marcos, en Málaga; Fuente de Cantos, en Badajoz; Guaro, en Málaga; Hoyocasero, en Ávila; Talavera de la Reina, en Toledo) o *teresica* (Canillas de Albaida, en Málaga). En Berzocana (Cáceres) le dan el curioso nombre de *santacara* (¿Verónica?).

9 Dictado por Pepi Lozano Herranz. Recogido el día 8 de diciembre de 2012 por José Manuel Fraile Gil, Marcos León Fernández, Cristina Eguía Bernal y Andrés Nogal Bravo. El Atazar es un claro ejemplo de cómo el apelativo *teresa* ha ido arrinconando a las viejas denominaciones locales, pues la madre de Pepi, Francisca Herranz Herranz, nacida en 1934, denonima aún *cervata* a la mantis.

10 Luis PARODY, «Apuntes de selección artificial para la provincia de Málaga: animales útiles y perjudiciales». *Revista de Andalucía*. Málaga, 1875. Segundo año. Tomo III.

11 Informes dictados por Abraham Pimienta Toledano, de unos 75 años de edad, nacido en Tánger (Marruecos). Recogidos en agosto de 2014 por José Manuel Fraile Gil.

12 Como botón de muestra, de los muchísimos que podría exponer al respecto, diré que en serbio se la denomina *bogomolka*, que significa que está rezando (*bog* = ‘Dios’ y *molka* = ‘que reza’). Debo estos informes a Eliezer Papo.

13 Informes dictados por Susana Weich-Shahak, de 76 años de edad, recogidos el día 13 de octubre de 2014 por José Manuel Fraile Gil. Susana, incansable investigadora de la tradición judeo-española allá donde quede un sefardita vivo, me aportó un valioso dato al respecto de la mantis y la tradición semita: en hebreo se la llama *gamal Shelomó*, es decir, ‘camello de Salomón’, pues al parecer el rey sabio se enojó con su camello y lo convirtió en este insecto.

14 De ahí los apelativos demoníacos como *diablico* (Frailes, en Jaén), *cuerno del diablo* (San Román de los Caballeros y Villaviciosa de la Ribera, en León) o *marisorgin* en zonas de lengua eusquérica; a más de las diferentes referencias a caballos del diablo que ya conocemos.

que un escorpión, imagínate» (Madrid, barrio de Aluche)¹⁵; «Una vez, cuando yo tendría siete u ocho años, se me puso una en la espalda en la terraza de casa, y claro, yo no la veía, pero sentí el golpe. Y mi hermana y mi madre empezaron a dar voces, y después la rebecca de lana que llevaba no sé cuántas veces la lavaron, como si hubiera tenido el veneno de una cobra» (Madrid, barrio de Retiro)¹⁶. Esa mala prensa se veía a veces justificada por la creencia general en que la mantis muerde, o más bien pica, mito que alcanzó dimensiones exageradas, resto sin duda del miedo ancestral provocado por su forma y actitud: «Cuando se te ponía una teresita en el pelo o en la espalda, decían que si te picaba echabas a correr, y te ibas quitando la ropa, una por una, y cuando te quitabas la última ya no sabías ande te habías dejao la primera de tanto como habías corrió» (Castilblanco de los Arroyos, Sevilla)¹⁷.

Pero sin duda la que más nos sorprendió de cuantas noticias oímos referentes a la mantis fue la que surgió de modo espontáneo mientras preguntaba yo por los remedios para el mal de muelas, tan temido antaño como ahora pero entonces con mal arreglo. Y fue precisamente en El Atazar donde me dijeron: «Cuando te dolían las muelas y tenías la suerte de dar con un *simbuscar*, que los llamábamos *simbuscares*, pues te lo echabas al bolsillo y ya no te dolían. Y aquello no era una planta, era como de un bicho y tenía el color del barro, del barro cuando está seco»¹⁸. Mucho me hizo pensar aquella certera pero difusa información sobre el *simbuscar* (*simbúscal* en Extremadura), y fue al cabo la ayuda de Emilio Blanco quien me despejó el camino: lo que mi informante intentaba describir, sin conseguirlo del todo, era la ooteca o cápsula donde la mantis encierra sus huevos y que, adherida normalmente a una piedra y medio oculta, es imposible buscar a propio intento, de ahí el nombre de *simbuscar* tan cabalmente puesto por el habla popular. Y fue a partir de esa hebra cuando pude ir reuniendo un ovillo no pequeño de referencias a su uso. Las primeras, concentradas en el ángulo noreste de la provincia: «A eso lo llamábamos un *simbuscarle*, y eso se encuentra cuando menos te lo esperas, no cuando vas a buscarlo. Y eso decían que era bueno pa el dolor de muelas, y como se guardaba, cuando te dolía te lo pasabas por la cara, por donde dolía. Eso decían...» (Serrada de la Fuente)¹⁹. «Pues eso es que cuando íbamos al campo, que yo iba muchas veces con mi abuela, y te encontrabas una espumilla de esas pegada a una piedra, pues me decía “mira, un *simbuscarle*”, y se lo echaba en la faldiguera —en la faldiguera sería, porque otro bolsillo no llevaban las mujeres— y era pa cuando te duelen las muelas. Ahora, yo no sé si eso sería verdá o mentira» (La Puebla de la Sierra)²⁰. A fuerza de preguntar fueron

15 Informes dictados por Marcos León Fernández, de 46 años de edad, recogidos el día 6 de octubre de 2014 por José Manuel Fraile Gil.

16 Informes dictados por Paloma Palacios Peláez, de 71 años de edad, recogidos el día 14 de octubre de 2014 por José Manuel Fraile Gil. Para la gente moza, diré que *la rebecca* es una chaqueta ligera que han venido usando las mujeres españolas desde que en 1940 la actriz Joan Fontaine la lucía en *Rebeca*, película dirigida por Alfred Hitchcock.

17 Informes dictados por Remedios García Moreno, de 95 años de edad, recogidos en Barcelona el día 12 de octubre de 2014 por Eliseo Parra García.

18 Informes dictados por Francisca Herranz Herranz, de 78 años de edad, recogido el día 8 de diciembre de 2012 por José Manuel Fraile Gil, Marcos León Fernández, Cristina Eguía Bernal y Andrés Nogal Bravo.

19 Informes dictados por Fernanda García González, de 71 años de edad, recogidos en enero de 2014 por Mario Vega Pérez, a quien debo siempre su generosa colaboración. En Montejo de la Sierra recogió a su vez un vago recuerdo de este uso, donde no quedaba ya más que el nombre del remedio: «A eso lo llamábamos un *simbuscar*, y eso sale en las piedras y así... pero no sé yo que se usara para nada».

20 Informes dictados por Alejandra Bernal Martín, de 70 años de edad, recogidos el día 31 de julio de 2014 por José Manuel Fraile Gil, Marcos León Fernández, Cristina Eguía Bernal, Begoña Peco y Jamie Benyei. Su abuela fue Isabel Bravo

apareciendo nuevos testimonios al respecto ya en la margen izquierda del camino que sube a Francia; y, así, en Braojos me contaron: «A eso lo llamábamos un simbuscar, y eso se encontraba cuando a lo mejor ibas a mover un portillo de un prao o a arreglar los chozos, que eran de piedra; pues a lo mejor allí te lo encontrabas, pero eso no servía buscarlo, era que te lo encontrabas, y la echábamos al bolsillo porque era bueno pa el dolor de muelas. Y yo creo que alguna vez, cuando me empezaron a doler, todavía lo hice»²¹. Y en Villavieja del Lozoya allegué este breve relato, más sorprendente si cabe por la edad de mi informante: «Yo sé que había una cosa que se cogía en las piedras o en las tejas, en la madera no estaba, y lo llamaban un simbuscar, y lo cogían para llevarlo en el bolsillo y que no dolieran las muelas. Yo se lo oí decir a mi madre, que lo aprendería de la suya, y también a algún pastor mayor de los de antes»²². Y ya más al sur, en el área de presierra, aunque el recuerdo se iba desdibujando, comprobé todavía una cierta pervivencia: «Había una cosa que lo buscaban mucho, y como era muy difícil de encontrar lo llamaban un nolebusques o algo así. Y era una cosa... ¿qué señas te daría yo? Eso estaba siempre pegao a una piedra y era algo más grande que un dedal, algo más grande que una bellota. No sé qué señas darte; lo que sí te digo es que lo llamaban nolebusques porque eso te lo encontrabas cuando no lo buscabas, si tú buscabas eso no lo encontrabas, a lo mejor lo veías una vez al año, no te puedo dar más detalles. Pero desde luego lo buscaban y lo cogían para remedios caseros, lo que no sé ya es para qué. Se parecía algo a eso que hacen las avisvas con aujeritos, pero sin aujeros» (Guadalix de la Sierra)²³. Pero el uso farmacéutico de estas ootecas fabricadas por la mantis no se limitó en nuestra provincia al área de la Somosierra y camino de Francia; en las estribaciones últimas de la sierra que linda con Ávila hallé aún constancia de su uso como alivio para la dentadura enferma: «Eso es una cosa que llamaban nuncalebusques, y está pegado a las piedras, pero no sé lo que es, porque no está hueco por dentro. Y eso lo cogían y lo metían en un pañuelo dentro del bolsillo, y según se iba deshaciendo se pasaba el dolor de las muelas o los dientes que te dolieran» (Fresnedillas de la Oliva)²⁴. Y en los confines de Madrid con la tierra de Cuenca el eco de esta práctica era ya tan tenue que rozaba la ensoñación: «Era como una cosa de barro, pegadito a una piedra, y mi padre decía que lo cogían. Yo creo que para cuando había una herida, o un golpe, o algo así. Pero sí, lo cogían» (Fuentidueña de Tajo)²⁵.

García (1888-1964), y de ella aprendió Alejandra un sinfín de oraciones, cancioncillas y usos arcaicos como este que narra su testimonio.

21 Informes dictados por Luis García Sigüero, de 65 años de edad, recogidos el día 29 de noviembre de 2013 por José Manuel Fraile Gil.

22 Informes dictados por Félix Álvarez Carretero, de 46 años de edad, recogidos el día 12 de octubre de 2014 por José Manuel Fraile Gil. El pastor aludido en su testimonio era Blas García. Félix es un inquieto conocedor de su tradición local; ha organizado en ocasiones encuentros con sus mayores donde ha obtenido de ellos curiosas investigaciones que, permaneciendo inéditas, pone al servicio de quienes tocamos a su puerta.

23 Informes dictados por Valentín García González, de 84 años de edad, recogidos en el verano de 1998 por José Manuel Fraile Gil.

24 Informes dictados por Santiago Serrano Alonso, de 68 años de edad, recogidos el día 14 de octubre de 2014 por José Manuel Fraile Gil.

25 Informes dictados por Ana Terrés Chacón, de 65 años de edad, recogidos el día 6 de noviembre de 2013 por José Manuel Fraile Gil. Su padre fue Rufino Terrés Rojo, nacido en 1905, extraordinario conocedor de su tradición local. Cuando yo lo entrevisté era ya de avanzada edad, pero cantaba aún con incansable y afinado deajo una increíble cantidad de romances, canciones seriadas, líricas... y con delicada caligrafía escribió para cada uno de sus hijos un cuaderno conteniendo su dilatado repertorio.

A la vista de tan interesantes relatos, cabría preguntarse por qué a partir de la ooteca (del griego ὄον = 'huevo' y θήκη = 'depósito') formada por la mantis con su secreción proteínica solidificada al contacto con el aire surgió el mito de su propiedad lenitiva sobre el dolor de dientes y muelas, objetivo primario e indiscutible para el que se usó, a pesar de que la huella del tiempo haya ido desdibujando sus propiedades, pero conservando en la memoria colectiva su carácter protector. Quizá fuera el misterio que envolvía su procedencia (pues ninguno de mis informantes supo explicarme su origen y ni remotamente lo asociaban con la mantis religiosa) lo que confirió a este pequeño objeto poderes mágicos. Pero ¿por qué se lo asoció con el agudo dolor de las piezas dentales? Es algo que se me escapa, pero sé que son los últimos brotes de una profunda raíz que aflora aún en territorios tan alejados como la sierra madrileña y la meridional Andalucía: «... en algunos pueblos de Andalucía, hay gente que cree que poner una ooteca de mantis en el bolsillo de la camisa alivia el dolor de muelas»²⁶.



Ooteca de mantis con su mimético y característico color terroso. Foto: Ángel Sánchez Crespo

²⁶ Tomo esta imprecisa noticia de la página <http://museodelaciencia.blogspot.com.es/2008/11/mantis-no-hay-peligro.html> [consulta: 16/10/2014].

GASTRONOMÍA, ARTE CULINARIO Y BEBIDA EN LA FIESTA DE MOROS Y CRISTIANOS

Miguel Ángel Martínez Pozo



Momento de la batalla en Benamaurel

Resumen

España, como heredera actual de ese mestizaje que se ha ido produciendo a lo largo de los siglos y, especialmente, durante el Medievo, cuando convivieron tres culturas de manera pacífica y de intercambio (judía, cristiana y musulmana), se ha enriquecido obteniendo un gran legado cultural, científico, filosófico, artístico, literario y, a su vez, una rica cocina que ha ido complementándose con nuevos productos importados de otros países y continentes. Podemos observar esa riqueza gastronómica en las propias fiestas de Moros y Cristianos, donde nos encontramos con rasgos de mestizaje de los diferentes pueblos asentados en la península ibérica.

Palabras clave

Moros y Cristianos, gastronomía, bebida, arte culinario, mestizaje cultural.

Gastronomy, culinary art and beverages at the Festival of Moors and Christians

Abstract

Throughout the centuries and especially during the Middle Ages three different civilizations (Jews, Christians and Muslims) coexisted in a peaceful and interdependence context. Currently Spain is the successor of this cultural fusion and, as a consequence, has inherited a vast cultural, scientific, philo-

sophical, artistic and literary legacy. Likewise rich and varied Spanish cuisine has been upgraded by new products imported from other countries and continents. In this regard Moors and Christian festivals presents a superb illustration of this culinary plenitude where several features of the fusion between diverse Iberian communities can be observed.

Keywords

Moors and Christians, cuisine, beverages, culinary art, cultural fusion.

1. Introducción

Como en toda fiesta, la cocina es parte fundamental. La geografía española ha ocasionado que en la gastronomía, aun con su homogeneidad, exista una diferenciación según el lugar donde nos encontremos (país, región, provincia o localidad), pero con rasgos comunes debido a los productos que la naturaleza ha dado en un determinado lugar.

Las fiestas de Moros y Cristianos son una representación festiva que ha perdurado a lo largo de los siglos adaptándose y bebiendo de las peculiaridades y características de diferentes episodios históricos nacionales que han sido interiorizados en la propia sociedad española como son, por ejemplo, la lucha contra los bereberes y los turcos por el dominio del mar Mediterráneo, la sublevación de los moriscos, la guerra de la Independencia o la guerra de África, entre otros.

La historia en particular suele triunfar del tiempo, que acaba todas las demás memorias y grandezas. De los edificios soberbios, de las estatuas y trofeos de Ciro, de Alejandro, de César, de sus riquezas y poder, ¿qué ha quedado? ¿Qué rastro del templo de Salomón, de Jerusalem, de sus torres y baluartes? La vejez lo consumió, y el que hace las cosas, las deshace. El sol que produce a la mañana las flores del campo, él mismo las marchita a la tarde. Las historias solas se conservan, y por ellas la memoria de personajes y de cosas tan grandes (De Mariana, cit. Fuch, 2011: 68).

Este no es el caso con el que nos encontramos. Las propias estructuras arquitectónicas que conservamos en numerosas localidades y ciudades, la toponimia de pueblos, barrios, ríos, ámbitos geográficos, el diferente uso de vocabulario árabe que ha enriquecido el castellano, así como objetos y utensilios que han perdurado del islam andalusí, nos hacen ver que este sigue vivo, no solo en la memoria colectiva, sino en nuestra propia vida cotidiana.

La presencia musulmana en España, iniciada el año 711 después de Cristo (92 de la hégira) y prolongada durante siglos, ha permitido una larga convivencia y la consiguiente influencia mutua de la cultura islámica y la cristiana en la península ibérica. De esta circunstancia ha surgido la singularidad —única en la historia de las lenguas europeas— de que el árabe asistió al nacimiento y escuchó los primeros balbuceos del español y cumplió con él, por así decirlo, las veces de generoso hermano mayor.

Cuando el idioma castellano daba sus primeros titubeantes pasos en los rudos reinos cristianos septentrionales, la cultura y las lenguas árabes, que vivían en el Califato de Córdoba un espléndido florecimiento, le ofrecieron materiales e ideas con las que nutrirse y modelarse, le prestaron conceptos filosóficos, matemáticos, astronómicos y médicos que le permitieron situarse, gracias en concreto a la labor de la Escuela de Traductores (árabes, judíos y cristianos) de Toledo y de las traducciones de Alfonso X el Sabio en la vanguardia intelectual de las lenguas romances y le trasvasaron varios miles de sus más bellos términos, muchos de ellos de índole acendradamente coránica. Las primeras composiciones poéticas de aquel incipiente protoespañol llegadas hasta nosotros, conocidas bajo el nombre de «jarchas», son ejemplos de canciones líricas con acusadas influencias árabes.

Podrían incluso atribuirse a esta presencia e influencia islámica ciertos comportamientos o actitudes de espíritu considerados característicos de la sociedad española, como el elevado sentido de hospitalidad o la actitud de sumisa aceptación de los acontecimientos, sobre todo los aciagos, como venidos de la mano de Dios (Mulla Huech, cit. Martínez Pozo, 2009: 68).



Desfile Benamaurel

España, como heredera actual de ese mestizaje que se ha ido produciendo a lo largo de los siglos y, especialmente, durante el Medievo, cuando convivieron tres culturas de manera pacífica y de intercambio (judía, cristiana y musulmana), se ha enriquecido obteniendo un gran legado cultural, científico, filosófico, artístico, literario y, a su vez, una rica cocina que ha ido complementándose con nuevos productos importados de otros países y continentes.

Podemos observar esa riqueza gastronómica en las propias fiestas de Moros y Cristianos, donde nos encontramos con rasgos de mestizaje de los diferentes pueblos asentados en la península ibérica.

2. El mosaico culinario peninsular

El arte culinario español, y su variada riqueza, representa ese cruce de culturas que ha existido a través de las diferentes conquistas del territorio. Podemos, de manera sintetizada, diferenciar tres grandes aportaciones:

- La aportación clásica: griega y romana.
- La aportación oriental: persa y árabe, junto con la judía.
- La aportación del descubrimiento del Nuevo Mundo, que incorpora nuevos productos a la gastronomía española.

Con la llegada de los musulmanes se introdujeron nuevos platos, sabores y condimentos¹, hasta entonces desconocidos, provenientes del norte de África, Asia Menor, Persia y la India, dándole un nuevo concepto a la gastronomía de la península, ya que fue asimilada por la sociedad asentada. Ishaq Ibn Nafi'a, llamado Ziryab, enseñó a los andalusíes el propio protocolo de la comida distribuyendo los manjares de la siguiente forma: sopas y caldo primero; entradas de carne y aves sazonadas después, y, finalmente, postres azucarados, dulces y pasteles de nueces, etc. (Provençal, cit. Aguilera Pleguezuelo, 2002: 11). Al ir conquistando al-Ándalus los reinos cristianos, se produjo una asimilación de los productos y de la cocina árabe, en muchos casos debido a las corrientes de flujos mercantiles y de productos alimenticios entre ambas culturas². Tal y como es expresado por Dionisio Pérez, es indudable que, «avanzada la reconquista, van quedando en las capitales conquistadas cocineros mudéjares, como quedaron alarifes, orfebres y tejedores» (Pérez, 1976). El mestizaje cultural no solo fue gastronómico sino también en muchos otros aspectos, pues está claramente documentada la afición cristiana a los bienes moros a través del descubrimiento de una colección de textiles andalusíes en el panteón real del monasterio de Las Huelgas, en Burgos, donde varios monarcas cristianos del siglo XIII decidieron ser enterrados envueltos en finas sedas andalusíes (Fuch, 2011: 34-35), a través de la arquitectura y patrimonio doméstico³, a través de costumbres⁴, la toponimia de lugares, pueblos⁵, etc. También es

1 El limón, la toronja, la cidra, la naranja, el azafrán, la nuez moscada, la pimienta negra y la caña de azúcar, entre otros.

2 Véase MUÑOZ y ROMERO, T.: *Colección de fueros municipales y cartas pueblas de los reinos de Castilla, León, Corona de Aragón y Navarra*. Ed. Atlas. Madrid, 1970; EMBID IRUJO, A.: *Ordenanzas y reglamentos municipales en el Derecho español*. Instituto Estudio de Administración Local. Madrid, 1978.

3 «Es fácil imaginar respecto a la arquitectura popular que, tras los decretos de expulsión, el reparto de las propiedades de los moriscos hizo que se transmitiera íntegro y sin ninguna modificación sustancial el patrimonio doméstico, y en especial las casas», en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A.: «Mythos y techné: sobre las presuntas supervivencias moriscas en la contemporaneidad», en *Lo moro: las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*. Anthropos, Barcelona, 2002, pp. 90-112.

4 Enrique IV, hermano de Isabel de Castilla, no solo poseía una guardia denominada mora formada por musulmanes convertidos, sino que también, tal y como argumenta Alfonso de Palencia, «aun en su vestimenta y su andar, su comida y su hábito de reclinarsse en la mesa, así como en otros excesos secretos y más indecentes, había preferido las costumbres de los mahometanos a las de la religión cristiana», en PALENCIA, A. de: *Gesta Hispaniensa*. Edición y traducción de TATE, B. y LAWRENCE, J. Real Academia de la Historia. Madrid, 1998, vol. III, pp. 17-19.

5 Localidades como Benamaurel, de la provincia de Granada, se designan con nombres musulmanes; rincones o barrios como Hafas o Alhanda; su río llamado Guardal, o acequias como Haufí (o Al-Haufí) y extensos campos como Marahi, el Berberí y Rajmal o Rahmal. En todo el ámbito geográfico español nos encontramos poblaciones como Benamahoma,

de destacar la cocina hispanojudía, debida a la convivencia intercultural entre las diferentes religiones en un mismo ámbito geográfico.

«La cocina hispanoárabe, con la impronta indígena y más adelante, hispanoamericana, será la que se extienda a Francia e Italia, llegando su fama a través de los ejércitos de Carlos V a Alemania y Flandes» (Aguilera Pleguezuelo, 2002: 106). Pero no podemos obviar la expulsión de judíos y moriscos y su asentamiento en otros países llevándose con ellos sus propias tradiciones, su cultura y su gastronomía.

Repasando las anotaciones culinarias de Leonardo da Vinci contenidas en el llamado *Codex Romanoff*, que debieron de ser escritas entre 1481 y 1500, hallamos recetas de la cocina hispanoárabe e hispanojudía como el manjar blanco, el pastel de flores y la sopa de almendras, que ya habían llegado en esa época a la gastronomía del Renacimiento (Aguilera Pleguezuelo, 2002: 106).

Pocos son los libros gastronómicos que han llegado hasta la actualidad donde hablen de la cocina española tradicional de los siglos XVI y XVII:

- *Arte Cisoria*, de D. Enrique de Villena. Siglo XV⁶.
- *Libro de Guisados, manjares y potajes*, de Maese Ruperto de Nola, cocinero que fue del Serenísimo Señor Rey Don Hernando de Nápoles. Siglo XVI.
- *Arte de cocina, pastelería, vizcohería y consevería* de Francisco Martínez Montañón, cocinero Mayor del Rey nuestro Señor. Siglo XVII⁷.
- *Nuevo Arte de Cocina* de Juan Altimiras, editado en 1745 con un extenso recetario de cocina hispanoárabe e hispanojudía⁸.

Pero es de sumo interés destacar la novela *La lozana andaluza* de Francisco Delicado⁹, publicada el año 1528, donde, a lo largo de sus páginas, como gran maestra en las artes de cocinar, nos ofrece una serie de platos característicos de la gastronomía hispanoárabe e hispanojudía. Los términos «adafina», «adefina», «alcaravea», «alcuzcuz y alcuzcuzu», «alfojos y alfaxor», y «almiherez y almirez», «azofeifa», «cocho» por cocido, «moji», «salmorejo», «talvinas» y «zafrán y zahina» se suceden a lo largo del texto de esta obra maestra (Aguilera Pleguezuelo, 2002: 113).

Benajauría, Alhama, Benimoriel, Alucena o Alhaurín, con una clara procedencia musulmana.

6 Fundamentalmente su aportación es en cuanto a las costumbres hispanoárabes en materia culinaria, como el lavado de las manos antes de sentarse en la mesa o la utilización de cuchillos pequeños, debido a que se cocinaba la carne apartando los huesos.

7 Tanto *Libro de guisados, manjares y potajes* como *Arte de cocina, pastelería, vizcohería y consevería* aportan recetas de platos hispanoárabes e hispanojudíos y se consideran obras fundamentales de la literatura de la gastronomía y el arte culinario español.

8 También aporta un interesante recetario, aunque ya en él se manifiesta una influencia de la cocina francesa, italiana y portuguesa.

9 Francisco Delicado o Delgado parece que nació en Córdoba hacia el año 1480, y fallece en Venecia en 1534. Se considera que fue judío expulsado de España, pues llegó a Roma poco después de 1492. En 1528 publicó la novela picaresca *La lozana andaluza*, donde narra las aventuras de una cortesana cordobesa y conversa, según se desprende del texto, en Italia. En el mamotreto XXXVI dice que era parienta del Ropero, conterránea de Séneca, Lucano, Marcial y Avicena siendo, «el Ropero» Antón de Montoro, famoso poeta.

Responde la tía y prosigue.

—Sobrina, más ha de los años treinta que yo no vi a vuestro padre, porque se fue niño, y después me dijeron que se casó por amores con vuestra madre, y en vos veo yo que vuestra madre era hermosa.

Loçana: —¿Yo, señora? Pues más parezco a mi agüela que a mi señora madre, y por amor de mi agüela me llamaron a mi Aldonça, y si esta mi agüela vivía, sabía yo más que no sé, que ella me mostró guissar, que en su poder desprendí hazer fideos, empanadillas, alcuzcuçu con garbanzos, arroz entero, seco, grasso, albondiguillas redondas y apretadas con culantro verde, que se conocían las que yo hazía entre ciento. Mirá, señora tía, que su padre de mi padre decía: «Estas son de mano de mi hija Aldonça!». Pues, ¿adobado no hazía? Sobre que cuantos traperos había en la cal de la Heria querían proballo, y máxime cuando era un buen pecho de carnero. Y ¡qué miel! Pensá, señora, que la teníamos de Adamuz, y çufrán de Peñafiel, y lo mejor de Andalucía venía en casa desta mi agüela. Sabía hazer hojuelas, prestiños, rosquillas de alfaxor, textones de cañamones y de ajonjolí, nuégados, xopaipas, hojaldres, hormigos torçidos con azeite, talvinas, çahinas y nabos sin tocino y con comino; col murciana con alcaravea y «olla reposada no la comía tal ninguna barba». Pues boronía ¿no sabía hazer?: ¡por maravilla! Y caçuela de berengenas moxíes en perfiçión: caçuela con su agico y cominico, y saborcico... Rellenos, cuajaerejos de cabritos, pepitorias y cabrito apedreado con limón çeutí. Y caçuelas de pescado çECIAL con oruga, y caçuelas moriscas por maravilla... (Delgado, 1985).

Los siglos XVI y XVII significaron un cambio existente en diferentes platos que hasta entonces habían sido respetados entre culturas y aceptados. La intransigencia religiosa en manos del Estado y la Iglesia marcó un antes y un después en la cocina española que evolucionará en las distintas gastronomías regionales pero que conserva, en cierta manera, sus raíces hasta nuestros días.

2.1. Los recetarios

Por un lado, nos encontramos con recetas, especialmente de postres, a las que no se han modificado sus ingredientes y cuyo uso de almendra, miel o canela nos remonta a unos orígenes árabes o judíos. Así tenemos las rosas, pestiños, las flores, los alfajores, piñonate, alajú, hojaldre, rosquillas rellenas de miel o los buñuelos utilizados en Navidad o Semana Santa. Destacamos las tortas de almendra que se convertirían en pastas almendradas con el descubrimiento del azúcar en el siglo XII, dando lugar al turrón, tan importante en la industria actual valenciana y en la Alpujarra granadina y almeriense haciéndolos, en esta zona andaluza, según la receta de sus antepasados. También platos típicos compuestos por carnero, cordero, conejo, liebre y todo tipo de aves y pescado, así como arroz, legumbres y verduras tan utilizadas con especias y condimentos, como las albóndigas, los pinchos morunos o los asados como las «latas de cordero segureño», tan típicas del altiplano granadino y de la sierra de Segura. En cambio, nos encontramos con platos que muestran la intolerancia religiosa acontecida en los siglos XV y XVI, puesto que demostraban la pertenencia a una religión u otra, de manera que el cristiano viejo comprobaba, si la rechazabas, tu condición judía o musulmana. Aquí citaremos algunos de ellos.

a. Plato alpujarreño. En la zona montañosa de la cordillera penibética, foco de la sublevación morisca, nos encontramos con un plato compuesto por carne de cerdo¹⁰ (morcilla, lomo de

¹⁰ La carne de cerdo está prohibida para judíos y musulmanes. De esta manera se reconocía si realmente aceptaban la religión católica.

orza, longaniza, jamón serrano) y huevo frito, acompañados con papas¹¹ a lo pobre.

b. Duelos y quebrantos. Parecido al plato alpujarreño en sus variantes, este es tradicional de la cocina manchega, donde se asentaron muchos moriscos en el siglo XVI. Según algunos investigadores, hace mención al «quebranto» del ayuno impuesto sobre la carne de cerdo por judíos y musulmanes (moriscos) y su posterior «duelo» por haber violado los preceptos del ayuno¹².

c. Cocido o puchero. Proviene de la comida elaborada por los judíos durante la noche del viernes a fuego lento para comérsela durante el sabbat (sábado en el judaísmo) en una olla de barro, denominando a este plato 'adafina' o 'adefina'. Se sirve en caliente con un ritual donde primero se toma el caldo con garbanzos y, posteriormente, la carne (cordero). La Santa Inquisición y, por consiguiente, la Iglesia, impuso la introducción en este cocido de morcilla y tocino manchando, de esta manera, uno de los platos más importantes de tradición sefardí¹³.

d. Las migas. En sus diferentes variantes, dependiendo de la región, tienen un origen árabe, donde sus raíces pueden partir del *tharid* (compuesto por pan candeal, no ácimo, añadiéndole líquido, grasa animal y productos cárnicos), siendo este más caldoso que las migas actuales las cuales ya, en el siglo XVI, eran secas. Fueron muy populares entre los manjares de los reyes. Acompañadas con pimientos, boquerón y sardinas, se le introdujo carne de cerdo (panceta, tocino y chorizo) para acompañarlas¹⁴.

Alrededor de la fiesta de Moros y Cristianos la gastronomía emerge como un espacio de socialización, sociabilidad, de encuentro, de reflexión donde se comen platos típicos, picoteo o tapas y se bebe pero, sobre todo, se habla; donde se produce un consumo del tiempo festivo pero donde se puede profundizar en la propia fiesta o, simplemente, divagar en cuestiones banales (Alcaraz i Santonja, 2006: 116-118).

Hoy, comer públicamente es uno de los aspectos más destacados de la fiesta moderna y uno de los factores de sociabilidad más importantes de pueblos y colectivos, con la programación de cenas o comidas dentro de los actos principales de la fiesta¹⁵. Actualmente, las fiestas de Moros y Cristianos

11 Patatas.

12 Citado por Miguel de Cervantes en su obra *Don Quijote de la Mancha*, en el capítulo I, que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda». De esta manera corroboraba el estatus de cristiano viejo de don Quijote.

13 En el judaísmo, de los seiscientos trece preceptos, veintinueve son leyes dietéticas. El judaísmo tiene un proceso de «santificación» para sacrificar a los animales denominado *shejitá*, debido a que para ellos solo Dios es el único con el derecho de dar y quitar la vida. Extraer toda la sangre del animal es esencial para ellos, pues la sangre es vida y donde está el espíritu, según el Levítico del Antiguo Testamento. Es por ese motivo por el cual no deben comer morcilla.

14 También podríamos hacer mención a una comida típica de campo, de agricultores y pastores: las gachas migas o gachamiga hechas de harina, agua, aceite de oliva y sal, que es un plato tradicional del sureste español al que se le introdujo longaniza o panceta.

15 Es así como en Alcoy uno de los actos principales es *la cena de l'Olleta*, en Villajoyosa *el día de les paelles* y de *l'Exabegó* en Bocairent; en Benamaurel, la invitación a habas y bacalao en homenaje al benamaurelense ausente y en muchos más pueblos de la geografía española, donde forma parte de su programación de fiestas.



En muchas localidades las propias comparsas dan de comer en sus locales

mantienen de manera casual una tradición culinaria, no solo de la aportación clásica, griega y romana, y de la aportación desde el descubrimiento de América de nuevos productos sino, especialmente, de la hispanoárabe e hispanojudía, pues no es de extrañar que, al acercarte a poblaciones de Andalucía, puedas degustar los diferentes platos anteriormente expuestos, como migas con un gazpacho de acompañante, un rico plato alpujarreño, un buen asado de cordero segureño¹⁶, un arroz o paella de pollo o conejo, unas albóndigas en su salsa, un cocido o unos riquísimos pinchos morunos¹⁷. En la Comunidad Valenciana es típico de las fiestas tomar un rico potaje conocido como *la olleta*¹⁸, un

16 El cordero segureño se encuentra en las provincias de Almería, Granada y Jaén (Andalucía), Albacete (Castilla la Mancha) y Murcia, siendo una raza española de ganado ovino de las sierras de Segura y La Sagra, así como de las zonas altas de la ribera del río Segura, de donde toma su nombre.

17 Entrado el siglo XXI, nos encontramos también con puestos de Kebab y Shawarma, muy popular en Europa como comida rápida y en las fiestas de Moros y Cristianos gracias a la influencia de emigrantes norteafricanos y turcos. En Benamahoma (Cádiz) también es típico comer sopas cocidas o «cocías», que son una especie de migas, o en Vélez de Benaudalla (Granada) el puchero de hinojos.

18 Es famosa en Alcoy la *noche de la olla* (nit de l'olla) hecha con alubias. En Castilla también hay una rica tradición de dulces festeros en los que destacan la toña, pastissets de boniato, suspiros, sequillos y rollos de anís. Otros pueblos donde se hace es en Ibi, San Vicente del Raspeig o los barrios alicantinos de Altozano y San Blas.

puchero o cocido o arroz en sus diferentes variantes¹⁹. Platos que nos recuerdan ese mestizaje cultural y gastronómico que hace de nuestra península un lugar con un rico legado.

3. Las bebidas festeras

Pero no debemos olvidar la bebida como otro factor influyente en la fiesta. Se bebe por la calle, en locales privados y públicos, en los desfiles y, cómo no, en los bares, discotecas o verbenas. Entre los múltiples lugares públicos, algunos típicos de todas las fiestas como son los tres últimos nombrados, destacaremos los existentes en localidades en las que los festeros, en sus comparsas o cuarteles, invitan al visitante a tapear productos típicos y a beber mientras que las bandas de música interpretan



La bebida, muchas veces, forma parte de los propios desfiles

19 Es interesante mencionar también la localidad de Onteniente donde, tras la entrada de bandas, cenar y realizan el desfile de Alardos. Antiguamente, después de la guerra civil, durante los sábados y domingos del mes de agosto anteriores a las fiestas, los pequeños grupos de gente que formaban cada comparsa se reunían en la casita de campo de alguno de los componentes, hacían una merienda-cena y, al atardecer hacían su entrada en la población, vestidos de paisano —con una pernera del pantalón remangada—, un sombrero de paja y una caña en la mano; todo ello acompañados con algún instrumento musical de su propiedad —alguna trompeta, tambor y guitarras— debido a que no tenían dinero para costear una banda. Cada sábado o domingo realizaban esta entrada una o dos comparsas. Finalmente se decidió concentrarlo en un único día, creando el acto del desfile de Alardos, el día en que llegaban las bandas a la población. En un principio se mantuvo el sombrero de paja y la caña, pero pronto se convirtió en un desfile de disfraces (similar a un carnaval), en el cual se permite la interpretación de cualquier tipo de música. Podríamos definirlo, hoy día, como el desfogue antes de entrar en la seriedad que requieren los actos propios de la fiesta de Moros y Cristianos.

diferentes estilos de la fiesta así como música charanguera²⁰. En otros pueblos se convierten en sitios privados donde no se tiene acceso, que se restringe solo para el festero y, también los hay en los que te hacen pagar tu consumición con el fin de sufragar los gastos de la propia fiesta. Sean unos u otros, el beber y el comer forma parte del tiempo festivo.

Sobre la tipología de las bebidas, más allá del vino, la cerveza y destilados (ron, whisky, ginebra, vodka), hay todo un repertorio en estas según zonas. En Villajoyosa son tradicionales las mezclas con granizado y alcohol como es el nardo (café y absenta de 65°), la minifalda (limón y ginebra) y la lleteta (leche merengada y whisky); mientras que en zonas del interior lo son bebidas conocidas como espirituosas (café licor, cantahueso, casalla y herbero) y destaca sobre todo la mentira o sinrisa alcoyana (café licor con granizado de lima) o el burret o plis-plas (café licor y refresco de cola), muy populares también en la zona de la Marina (Alcaraz i Santonfia, 2006: 118).



Bautizo en la comparsa cristiana de Benamaurel

En Mutxamel, otra bebida característica es el canario (anís con agua y hielo), denominado en los pueblos del altiplano de Granada como palomita.

En Andalucía nos encontramos, al igual que en la parte valenciana, con el vino, la cerveza y destilados, pero también es peculiar ver durante los desfiles benamaurelenses cantimploras o cuernos llenos de Martini. También destacan en esta población otras bebidas, como es la cuerva o zurra, que pueden ser ingeridas solamente en las comparsas, lugar de hermanamiento y confraternización entre bandos, entre visitantes y locales, donde nadie se siente diferente²¹.

Al igual que el sacramento del bautismo (palabra que proviene de *baptizein* en griego que significa 'sumergir', 'introducir dentro del agua') es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos, los nuevos componentes de un bando, dentro de un acto no programado, bajo redoble de tambor, himno o marcha mora-cristiana,

20 A modo de ejemplo el pueblo de la Vila, Mutxamel o la localidad granadina de Benamaurel.

21 Especialmente en la comparsa cristiana, donde se realiza por las personas mayores conservándose en barriles. La receta de la zurra es mantenida por Bautista Padilla Parra (Tista Larín), quien me la ha dado gustosamente: «Para unos cincuenta litros de vino se le incluye una botella de cada una de las siguientes bebidas: coñac de litro, anís seco, Quina San Clemente más whisky y dos de ron. Junto a esto se exprimen diez limones y diez naranjas más azúcar según gusto y cantidad».

son bautizados (ya sea con agua, cerveza o vino) en algunas poblaciones bajo la atenta mirada, aplausos y risas de los presentes, incorporándose de esta manera en sus filas y siendo aceptados como uno más de sus miembros.

Martínez Pozo, Miguel Ángel

Universidad de Jaén, Centro de Estudios Pedro Suárez



La fiesta se adueña de las calles donde se bebe durante toda la noche

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA PLEGUEZUELOS, J. A. *Las cocinas árabe y judía y la cocina española*. Ed. Arguval. Málaga, 2002.
- ALBERT-LLORCA, M., y GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. *Moros y cristianos: representación del otro en las fiestas del Mediterráneo occidental*. Granada, Diputación de Granada. Centro de Investigaciones Etnológicas Ángel Ganivet, 2003.
- ALCARAZ i SANTOJA, A. *Moros i Cristians. Una festa*. Edicions del Bullent. Pincaya, 2006.
- CABEZA CÁCERES, C., y MARTÍNEZ POZO, M. A. «La representación de moros y cristianos en Matían (Cúllar-Granada). Una fiesta enterrada por el éxodo rural» en *Gazeta Antropológica*, n.º 28, 2012, en <http://www.gazeta-antropologia.es/?p=4013> [consulta: 00/00/2014].
- DE MARIANA, J. «Historiae de Rebus Hispaniae, Toledo». Typis Petri Rodcerici, 1592; cit. FUCH, B.: *Una nación exótica. Maurofilia y construcción de España en la temprana Edad Moderna*. Ediciones Polifemo. Madrid, 2011.
- DELGADO, F. *La lozana andaluza*. Mamotretto II. Ed. Cátedra. Madrid, 1985.
- EMBRID IRUJO, A. *Ordenanzas y reglamentos municipales en el Derecho español*. Instituto Estudio de Administración Local. Madrid, 1978.
- FUCH, B. *Una nación exótica. Maurofilia y construcción de España en la temprana Edad Moderna*. Ediciones Polifemo. Madrid, 2011.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. «Mythos y techné: sobre las presuntas supevivencias moriscas en la contemporaneidad», en González Alcantud, J. A.: *Lo moro: las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*. Anthropos, Barcelona, 2002.
- MARTÍNEZ POZO, M. A. *Descubre el origen... Fiestas de moros y cristianos en la Comarca de Baza*. Imprenta Cervantes. Baza, 2008.
- *En busca de la verdad... Fiestas de moros y cristianos en la comarca de Baza*. II parte. Imprenta Cervantes. Baza, 2009.
- *Fiestas de moros y cristianos en España. Huella del milenio del reino de Granada*. Excmo. Ayuntamiento de Benamaurel. GDR Altiplano de Granada. Baza, 2012.
- MULLA HUECH, B. *El Corán*. Didaco S. A. Barcelona, 2004.
- MUÑOZ y ROMERO, T. *Colección de Fueros Municipales y cartas pueblas de los reinos de Castilla, León, Corona de Aragón y Navarra*. Ed. Atlas. Madrid, 1970.
- PALENCIA, A. «Gesta Hispaniensi». Edición y traducción de Tate, B. y Lawrance, J.: *Real Academia de la Historia*. Vol. III. Madrid, 1998.
- PÉREZ, D. *Guía el buen comer español*. Ed. La Val e Onsera, Co. Alifara, Madrid, 1976.
- PROVENÇAL, L. *La civilización árabe en España*. Ed. Española. Madrid, 1980.
- TATE, B. y LAWRENCE, J. *Real Academia de la Historia*. Vol. III. Madrid, 1998.

EL PROTAGONISMO FEMENINO EN EL ÁMBITO MUSICAL HISTÓRICO (I)

María Soledad Cabrelles Sagrado

Introducción

Muchas historias de la música se han escrito en las que las mujeres apenas aparecían o no existían, salvo las dedicadas a tocar, danzar, cantar o interpretar música compuesta por hombres, pero, realmente, han existido numerosas mujeres que han dejado testimonio de su presencia desde mucho tiempo atrás. Nuestro propósito es hacer un breve recorrido por la historia para rescatar el protagonismo femenino en el ámbito musical.

El papel desarrollado por la mujer en la historia de la música ha sido un tema escasamente abordado por los estudiosos. Existía hasta hace relativamente poco tiempo carencia de interés por conocer la obra musical de compositoras e intérpretes en distintas épocas y, probablemente, haya sido debido a la ignorancia que se tenía sobre estas mujeres que se enfrentaron a la sociedad de su tiempo para poder desarrollar su talento musical y a la dificultad para dejar testimonio firmado y escrito de la misma.

Principalmente, han sido los patrones sociales imperantes los que no han permitido gozar a la mujer de su correspondiente protagonismo. Su intervención ha sido indudable pero poco demostrable hasta los primeros indicios de la notación musical, cuando las mujeres empezaron a escribir música y, aun en estos casos, muchas veces sus composiciones fueron firmadas por hombres.

La mujer ha tenido que superar importantes obstáculos marcados por las diferencias de género prevalecientes desde la Antigüedad y se ha ido desarrollando dentro del arte musical con grandes dificultades, sobre todo como compositora, aunque también como ejecutante de todo tipo de instrumentos, directora de orquesta o profesora de música.

Es cierto que la gran mayoría de las mujeres aceptaron una forma de vida sumisa, con recato y temor, en la que se encontraban relegadas a las normas sociales. Sin embargo, otras mujeres se rebelaron ante estas obvias injusticias y lucharon por obtener un reconocimiento y un lugar en la sociedad que, en muchas ocasiones, les costó la vida porque fueron acusadas de herejes, brujas o de estar en contra de las leyes establecidas y acabaron condenadas a muerte.

Hasta ya avanzado el siglo xx, era muy frecuente que el papel femenino en la música se limitara a formar parte del «adorno familiar», permitiendo que algunas chicas de la clase media o la alta sociedad asistieran a clases de piano o de canto y, así, en las reuniones familiares, pudieran deleitar a los invitados con su interpretación. A aquellas que destacaban en sus estudios o sobresalían por sus capacidades intelectuales no les era permitido mostrar en público su calidad interpretativa o compositiva y quedaban reducidas al ámbito doméstico. Otras, que poseían enorme talento y eran más luchadoras, a pesar de estar limitadas para desarrollarlo, se valieron de diferentes recursos para poder continuar con su labor en la composición o ejecución y fueron pilares básicos en la historia de la mujer en la música.

El legado que han dejado estas mujeres para las generaciones venideras ha sido muy importante, ya que se extiende no solo al ámbito musical sino también al profesional y sociocultural. Muchas de ellas tuvieron que luchar duramente para conseguir una representación en público de sus obras, para encontrar un editor, para poder asistir a determinados cursos de composición o para poder estudiar en determinados conservatorios.

En el actual siglo XXI parece que ya todo es posible, pero no debemos olvidar que, debido a esa intensa lucha mantenida por algunas de ellas, el camino ha sido allanado y se han conquistado aspectos que han hecho posible una mayor igualdad profesional y sociocultural. No obstante, seguimos sin preocuparnos demasiado por el patrimonio musical y artístico de nuestro país y nuestro grado de compromiso para conservarlo y mejorarlo debería aumentar, por lo que todavía queda mucha tarea pendiente por hacer.

No debemos olvidar que en música se trabaja con algo muy etéreo, el sonido, que constituye la materia prima de la que está hecha la música. Todos los sonidos poseen un cierto carácter mágico ya que son intangibles, invisibles, inaprensibles y, en principio, caóticos. A lo largo de los siglos, el ser humano los ha convertido en algo organizado y articulado, estableciendo una variedad de arte asentado en las vibraciones del aire que ha dado como resultado un universo sonoro dotado de sentido al que hemos denominado música.

Etimológicamente, la palabra 'música' procede del griego *mousiké* por su referencia a las musas que eran fuente de inspiración artística, y tiene género femenino. Originalmente, este término significaba 'el sonido de la poesía', es decir, versos que se recitaban cantando y bailando. El filósofo griego Platón, en el siglo IV a. C., establecía que la canción constaba de tres elementos: *melos-logos*, *armonía* y *ritmo*. El *melos* estaba formado por los sonidos sucesivos de lectura horizontal, el *logos* por la palabra como sostén de sentido, la *armonía* por los sonidos de lectura vertical simultánea y el *ritmo* por la distribución temporal de los acentos. Así constatamos que la melodía estaba estrechamente unida a la palabra, es decir: música y poesía constituían una unidad. También encontramos otros ejemplos de la música hermanada con la poesía en la documentación plástica, especialmente decoración de



Clío, Euterpe y Talía, de Eustache le Sueur (1652)

vasos, y en fuentes literarias por referencias de poetas y escritores, más que por el legado estrictamente musical. Esta interrelación se desmoronó después de la época clásica, y la palabra se separó de la música discurriendo ambas por cauces distintos. De esta manera, la música se convirtió en un arte autónomo y en una profesión con virtuosos especializados. Actualmente, definimos la música como la ordenación racional de sonidos y silencios dotados de significación.

Asimismo, la palabra 'musa' tiene género femenino y procede del griego *moussa*. Su significado está relacionado con el arte que otorgaban las musas a través de la inspiración que hacían llegar a sus agraciados. Según la mitología griega, las musas eran nueve hermanas hijas del dios

Júpiter y formaban lo que llamaban El Coro de las Musas, constituido por: Clío (historia), Erato (poesía lírica y erótica), Terpsícore (danza y canto coral), Urania (astronomía), Talía (comedia), Polimnia (retórica y declamación), Euterpe (música), Calíope (poesía épica y elocuencia) y Melpómene (tragedia).

Por último, la palabra 'museo' deriva del griego *museion*, y significa el lugar dedicado a las musas. Por este motivo, históricamente, ha sido un espacio destinado a la conservación y custodia de obras de arte, muchas veces con representaciones musicales y objetos científicos pertenecientes a las disciplinas que mejor ilustran el desarrollo de los conocimientos humanos. Ya en la antigua Atenas se encontraba la colina denominada Museo, dedicada a las musas. Y en la ciudad de Alejandría, una parte del gran edificio erigido por Tolomeo I para albergar la biblioteca, recibía también el nombre de museo.

Las mujeres siempre han utilizado los sonidos, en los trabajos agrícolas o en el cuidado de los hijos, y de su continua labor han quedado como testimonio importantes obras musicales, algunas transmitidas por tradición oral y otras conservadas en partituras escritas con la correspondiente grafía musical, conservadas en museos y bibliotecas.

Como hay numerosos ejemplos de mujeres destacadas en la música, y resultaría imposible mencionarlas a todas, nos hemos limitado a destacar solo algunas entre todas ellas, elegidas no por ser las más importantes sino por estar documentada su existencia. Estas mujeres, con su legado, han hecho posible que podamos apreciar la composición musical como obra femenina de otras épocas recuperándolas del injusto olvido. También queremos manifestar nuestro agradecimiento a todas las mujeres que han intervenido, con múltiples aportaciones, para profundizar y ampliar el conocimiento del universo musical.

Prehistoria

Los tiempos prehistóricos abarcan muchos milenios (400 000 años aproximadamente) y constituyen los períodos anteriores a la utilización del testimonio escrito. A lo largo de todos esos años se fueron forjando lenta y penosamente los comienzos de las primeras culturas, a las que siempre acompañó la música y que fueron la base de ulteriores progresos históricos.

Durante los últimos siglos, han aparecido en Occidente diversos estudios que han facilitado las tareas de análisis y profundización sobre este tema ya que, anteriormente, los científicos tenían que atenerse a referencias casuales sobre textos escritos, formulación de hipótesis, conjeturas y datos recogidos por otras disciplinas (arqueología, medicina, filología, pintura, escultura, etiología musical, etc.), para poder investigar los orígenes de la actividad musical en los grupos más primitivos de seres humanos a fin de conocer mejor el cómo, cuándo y por qué lograron poco a poco expresarse musicalmente.

Los comienzos del fenómeno musical humano están completamente envueltos en la oscuridad. El mundo de los sonidos es algo tan incorpóreo que poco ha llegado hasta nosotros de aquellos inicios salvo los grabados y pinturas, lo que ha supuesto que el fenómeno sonoro haya sido un enigma durante milenios.

De las investigaciones realizadas se deduce que cuando el ser humano conquistó el fuego, aprendió a avivarlo soplando suavemente por una caña hueca y, tal vez, la primera flauta del mundo nació así, por pura casualidad, hace unos 40 000 años. En las reuniones del clan, en la celebración de ritos, utilizaba todo el cuerpo como instrumento musical: marcaba el ritmo golpeando el suelo con los pies, batía palmas, sacudía collares y pulseras de hueso, de semillas o de conchas, como vehículo para co-

municarse con los dioses. También usaba las bramaderas, que consistían en una tabla delgada atada en uno de sus extremos a una cuerda que la hacía girar a gran velocidad y, así, emitían un misterioso sonido parecido al bramido del viento. Los zumbadores, hechos con huesos de frutos, vértebras o conchas perforadas, eran pequeñas bramaderas utilizadas por sus sonidos mágicos que reproducían los emitidos por la naturaleza. Todos los pueblos, en un principio, han transformado los cuernos de animales o caracolas en trompas capaces de emitir sonidos terribles que usaban como instrumentos de llamada, con una finalidad guerrera o religiosa.

El individuo de un pueblo primitivo diferenciaba con dificultad su entorno de sus pensamientos. Estaba, sencillamente, en el mundo. Los incomprensibles fenómenos de la naturaleza solo podía explicárselos como obra de seres invisibles de los que dependía en alto grado y a los que tenía que poner a su favor para cazar, sembrar, cosechar, guerrear o defenderse en la enfermedad y la muerte. Siempre había algo que conjurar, intentando imitar sonidos y voces de su alrededor, tendiendo hacia lo extrahumano o sobrehumano para transformar su existencia meramente instintiva en otra con una evolución continuada y consciente de su finalidad.

Ya en las primeras incisiones de las cavernas y en las más antiguas pinturas en vasijas aparecen mujeres tocando instrumentos y danzando. También existe una gran profusión de descripciones gráficas que denuncian la significación de la música en la vida de los pueblos, la forma elevada del desarrollo de los instrumentos y de las diversas funciones de la música en la comunidad.

En el Paleolítico, hace 24000 años aproximadamente, encontramos la figura de una venus prehistórica llamada *Venus con el cuerno*, procedente de Laussel (Dordoña). Representa una mujer desnuda, gruesa, con pechos y caderas de formas rotundas y muy exageradas como deformadas por maternidades sucesivas, cabeza pequeña, una mano reposando en su vientre y la otra mano manteniendo



Venus con el cuerno (instrumento musical en mano derecha). Laussel (Dordoña)

un cuerno en lo alto. Es una pieza de gran calidad, con una altura de 43 centímetros, en la que se percibe un especial cuidado en la ejecución. Tanto las proporciones como el modelado se han realizado con gran esmero y si los detalles de la cabeza no se encuentran bien representados no es por escasa capacidad del artista sino por falta de interés, porque no lo consideraba importante. Muchos posibles significados han sido atribuidos a esta figura y uno de ellos es que dicho cuerno (de buey o ciervo) bien podría ser un instrumento musical.

Posteriormente, en el Neolítico, el paso revolucionario y decisivo para la humanidad consistió en la forma de obtener el alimento, es decir: en vez de recolectar o capturar dicho alimento, los seres humanos lo producían. Con la domesticación de animales y el cultivo de plantas, con la ganadería y la agricultura, se inicia una marcha triunfal sobre la naturaleza y una independencia mayor del destino, del azar y de la casualidad, ya que comienza la era de la previsión organizada de la vida. En lugar de la economía de la rapiña, del vivir al día y de hacer pasar todo de la mano a la boca, aparece una eco-

nomía previsor, regulada con anticipación, a largo plazo, pasando del estadio de la búsqueda individual del alimento a una comunidad laboral colectiva y más planificada. Se establece la organización del trabajo, el reparto de funciones y la especialización de las tareas del trabajo femenino y masculino se van separando gradualmente.

Como consecuencia del proceso de este cambio social, la agricultura y la ganadería traen consigo largos períodos de ocio que, tanto hombres como mujeres, destinan para elaborar obras de arte como necesidad de manifestar la trascendencia. En un principio, comenzaron como trabajo manual y labor doméstica, pero más tarde evolucionó expresando inquietudes más religiosas y espirituales, generalmente acompañadas de cantos y música instrumental.

Ritos y cultos sustituyeron la magia y la hechicería para protegerse del miedo al hambre, al dolor y a la muerte. Con la conciencia de depender del tiempo favorable o desfavorable, de la lluvia y de la luz del sol, del rayo, granizo o sequía, de la prosperidad o esterilidad de la tierra, abundancia o escasez de los animales cazados en las redes, surgió la idea de toda clase de demonios y espíritus benéficos o maléficos que reparten bendiciones o maldiciones; los seres humanos invocaban a lo desconocido y misterioso con ofrendas, ídolos, amuletos, símbolos sagrados, cánticos y música que servían para comunicarse con las divinidades.

A lo largo de todos los tiempos y más allá de las fronteras culturales, la voz humana ha tenido la facultad de expresar de forma entonada la emoción y el afecto. Cantar ha sido una de las manifestaciones vitales fundamentales en los seres humanos. Las mujeres estaban dedicadas fundamentalmente a la función reproductora que era la predominante en el grupo para perpetuar la especie y, estrechamente ligada a esta esfera vital femenina de alumbrar y criar a los hijos, estaba el canto tranquilizante de las canciones de cuna, los arrullos y los besos dedicados al bebé. En todas estas actividades realizadas por las mujeres en su vida diaria, el sonido jugaba un papel muy importante. No siempre se trataba de una relación entre la madre y su hijo exclusivamente, porque el cuidado de los más pequeños del clan también era responsabilidad de otras mujeres cuando sus madres se ausentaban para cumplir otras tareas.

Desde tiempos antiquísimos, la canción de cuna ha existido como una de las formas musicales más esenciales presentes todavía hasta nuestros días, sin excepciones, en todas las comunidades humanas y sus creadoras anónimas han sido las mujeres. Este canto, gracias a la emoción y a la sensibilidad, se convierte en una de las más antiguas expresiones de afecto y ternura asociada a la música. La madre, con su canto melodioso, adormece al niño en un sueño reparador y plácido protegiéndolo de sus miedos y el niño reconoce en la canción de cuna la voz de su madre: su presencia y su gesto que le ofrecen seguridad y confianza. Así, en la intimidad del momento se crea un espacio de profundos símbolos ancestrales donde la música y la palabra son vínculo de pura autenticidad que reflejan una ancestral preocupación por conseguir el bienestar de la infancia.

Desde el punto de vista musical, en todas las culturas las canciones de cuna o nanas presentan unas características similares y están formadas por un número de componentes melódicos que, a menudo, se repiten, donde domina la sencillez. Son una manifestación musical natural de las madres hacia sus hijos para favorecer la paz y el sosiego del sueño.

Hoy sabemos que la estimulación auditiva potencia el desarrollo intelectual, emocional y físico de los bebés desde las primeras semanas de gestación. Por este motivo, el canto es considerado una herramienta educativa de gran importancia que ha de ser incorporada a las rutinas previas al descanso. El contacto afectivo a través de la música invita a reforzar la relación entre padres e hijos, promueve

la creatividad gracias a que estas melodías están apoyadas en la voz humana y son puerta de acceso a los plácidos mundos oníricos.

La mayoría de las nanas tiene una estructura musical ternaria (compás de 3/4) para inducir a la calma y resultar tranquilizadoras. Si poseyeran una estructura musical binaria (compás de 2/4), un pulso similar al latido del corazón, favorecerían la actividad y no serían recomendables para relajar al pequeño por producir efectos contrarios.

Las canciones de cuna, en un principio, pasaban de generación en generación por transmisión oral. Posteriormente, diversos compositores y compositoras han dejado escritas canciones de cuna como particular homenaje a todas las madres que velan por mejorar el sueño de sus hijos.

Antigüedad

La Antigüedad o Edad Antigua es la época histórica que, en sentido amplio, transcurre desde el final de la Prehistoria, período anterior a la invención de la escritura, hasta la caída del Imperio romano, es decir, el inicio de la Edad Media.

En las antiguas civilizaciones, la música servía de acompañamiento en la celebración de ceremonias religiosas o militares y también de entretenimiento en estancias palaciegas donde habitualmente era interpretada por esclavas y esclavos especializados.

En la civilización sumeria, la primera civilización urbana del mundo, aproximadamente en el año 2500 a. C., en la ciudad de Ur, según investigaciones realizadas, aparecen las primeras arpas de cuatro cuerdas, que después aumentaron a diez, y más tarde se añadieron las liras. Ambos instrumentos eran utilizados en las danzas de fiestas palaciegas. Posteriormente, se unieron instrumentos de percusión como castañuelas, címbalos, cítaras y grandes tambores de marco aunque eran más utilizados para la celebración de los ritos. Como testimonio, existe una estatuilla sumeria, del año 2000 a. C., que representa la figura de una mujer tocando el címbalo. Las fuentes literarias indican, además, que los sumerios utilizaban más la música culta destinada a ceremonias público-religiosas, aunque también tenían la música sencilla del pueblo. Fue la hija del primer rey de Acadia, Sargón de Agade, llamada Enheduanna, quien acompañaba con música los poemas que escribía. Era una suma sacerdotisa y participaba en la vida política de su país. La importancia de la mujer entre los sumerios era mucho mayor que la que tuvo en el mundo posterior, ya que podía ser sacerdotisa, tener propiedades y firmar contratos. Además, las primeras sacerdotisas fueron poetisas y músicas, lo que significa que poseían un elevado nivel cultural, económico y social.

En el Antiguo Egipto, en el año 1750 a. C., destacó la esclava del faraón cuyo nombre era Hemre, quien estaba a cargo de los músicos de su corte desempeñando elevadas funciones. Unos siglos después, otra esclava llamada Bakit fue también maestra de música en la corte egipcia. Las flautas largas, parecidas asombrosamente a las actuales, eran tocadas por los hombres, mientras que los instrumentos de cuerda podían tocarlos las mujeres. Muchas veces estas mujeres eran nobles y destacaban por la esmerada educación recibida.

Con el tiempo, las mujeres de clase media fueron aceptadas en el ámbito musical, llamándose «cantoras del dios», cuya misión consistía en participar en las distintas liturgias y ritos de los templos. Algunas de ellas pasaron a ser músicas de la corte, y de su presencia y su importancia en la vida del país dan testimonio los sarcófagos donde se las enterraba con grandes honores. La reina Hatsheput dirigió a las cantoras antes de subir al trono en el año 1529 a. C. También existieron otras cantoras famosas que estuvieron al servicio de la familia real, como Merit —que vivió en el reinado de Amenofis II

(1450-1425 a. C.)—, Tentioh —que vivió en la ciudad de Mut (950 a. C.)— y Esihebsed —que vivió en el harén de palacio y era hija de otra cantora llamada Esptah (500 a. C.)—.

En Grecia, la música tenía una gran importancia y se le otorgaba un carácter pedagógico fundamental por considerar que ayudaba al orden social. También se le atribuía un valor ético porque se consideraba que escuchar un determinado tipo de música influía en el comportamiento y potenciaba las cualidades morales, por eso estaba tan presente en la vida cotidiana comprometida con las instituciones sociales y los usos tradicionales. Instrumentos y cantos acompañaban los acontecimientos públicos como procesiones, ceremonias fúnebres y misterios de diferentes dioses. Utilizaban los instrumentos de cuerda (como la lira y la cítara) para acompañar poemas y cantos. En cambio, los instrumentos de viento (como el órgano de tubos o la flauta-siringa) eran menos comunes, salvo el aulos, que fue muy empleado en la época. Los instrumentos de percusión (como el címbalo, el tambor, el triángulo y los crótalos) eran los más usados. La música facilitaba el desarrollo del trabajo y también el entretenimiento del deportista, ordenaba la marcha de los soldados y amenizaba las fiestas y acontecimientos sociales. Existían cantantes profesionales en las cortes de los príncipes y también músicos profesionales para las grandes fiestas cultas, como los Juegos de Delfos, las Gimnopedias (fiestas gimnásticas) de Esparta, las Panateneas, Dionisiacas y los ensayos dramáticos en los teatros de Atenas.

En la educación de los nacidos libres, la música, por un lado, y la gimnasia, por otro, procuraban la *kalokagathia*, es decir: el adecuado equilibrio entre la perfección corporal y espiritual. Dicha formación comprendía tres grados. En el primero, aprendían el canto y a tocar los instrumentos de cuerda, a leer, a escribir y los conocimientos fundamentales para la comprensión de la poesía. En el segundo y tercero, seguía el adiestramiento para los conjuntos de baile, desarrollando el sentido rítmico y coreográfico de la danza.

Las hijas de los ciudadanos solo aprendían a tocar la lira, ya que el aulos no se consideraba un instrumento musical apropiado para el género femenino decente, por el esfuerzo físico que requería, también a hilar, tejer y algo de poesía y danza. Las hijas de los esclavos se dedicaban, en su mayoría, a realizar el duro trabajo de las tareas domésticas para atender las necesidades básicas del hogar de sus amos.

En torno al 600 a. C., la mítica poetisa Safo, nacida en Eresó, una de las cinco ciudades principales de la isla de Lesbos, en el mar Egeo, recitaba sus poemas acompañada de música de lira, flauta o cítara, en medio de un ambiente de refinamiento. Según atestiguan documentos antiguos, Safo pertenecía a una familia noble y estaba rodeada de un gran lujo en su vida. Una parte de los ingresos económicos provenían de su poesía de encargo y también de los epitalamios o canciones nupciales para bodas llenos de motivos tradicionales y populares que generalmente eran cantados por los coros de muchachos y muchachas que formaban el cortejo nupcial. Ella escribía en un dialecto griego (eólico) y su nombre Safo, en dicho dialecto, significaba 'transparente'. En total, escribió nueve libros de odas entre los que destaca la *Oda a Afrodita*, diversos epitalamios, himnos y varias elegías, pero apenas se conservan algunos fragmentos de todos ellos. Durante el pasado siglo xx, se descubrió un papiro con seis fragmentos de sus poemas y la *Oda a las Nereidas*.

Safo fue calificada por Sócrates como *hermosa*, contando entre sus atributos el encanto de lo delicado, de lo exquisito y una lúcida inteligencia a la que la cultura no había falseado hasta el punto de encubrir y disimular la ternura de su alma. Fue muy respetada por sus propios contemporáneos, Platón y Aristóteles. No podemos olvidar la admiración que le profesaron personas capitales en la historia, como el ya mencionado Platón, Catulo, Ronsard, Leopardi, Hölderling, Byron o Rilke, entre otros muchos.

También la poetisa y compositora Telésila de Argos, que vivió en torno al 546 a. C., destaca por la composición de sus himnos de guerra, marchas, cantos políticos y sus *parthenaia*, que eran cánticos entonados por las vírgenes en las ceremonias en honor de Apolo y Artemisa. Era una mujer valiente y decidida. Cuando los espartanos amenazaron Argos, ella misma capitaneó la tropa de mujeres y contribuyó a la victoria de su pueblo.

Otra poetisa, danzarina y compositora fue Megolástrata de Esparta, llamada la «hermosa rubia», que vivió aproximadamente en el año 529 a. C., dirigió un coro de muchachas espartanas y compuso la música para sus actuaciones.

Como ejemplo que se conserva de la música griega interpretada por mujeres, podemos citar las imágenes que componen el *Epitafio de Seikilos*, siglo II a. C., perteneciente a una persona que llevaba dicho nombre. Se encuentra esculpido en una columna funeraria dedicada al dios Baco y su motivo estaba formado por tres mujeres tocando instrumentos musicales: la de la izquierda estaba sentada y con un arpa sobre sus rodillas, la del medio estaba de pie con una lira y la de la derecha también sentada, sobre una silla, con otra lira hecha del caparazón de una tortuga. Fue encontrado en el siglo XIX en Aydıń (Turquía).

La teoría musical griega, a través de Roma, Bizancio y Arabia, fue tradición occidental y así quedaron algunas expresiones técnicas hasta la actualidad como melodía, ritmo, armonía, tono, cromatismo, enarmonía, coro, orquesta y, sobre todo, la misma palabra música. Por eso decimos que en la cultura griega se estableció el fundamento para desarrollar la música, se desvelaron las primeras leyes numéricas sobre las relaciones entre los sonidos, se sirvieron de una notación precisa para que la posteridad pudiera descifrar los apuntes conservados de muchos fragmentos musicales y se valieron de un sistema armónico que ha dominado durante dos milenios el arte musical europeo.

En Roma, en el siglo II a. C., se aclamaban con entusiasmo las obras teatrales que estaban acompañadas de música, así como de bailes y canciones compuestas especialmente para dichas obras. No se conservan obras compuestas por mujeres, pero la música estaba muy presente en el teatro aunque fuesen obras creadas por hombres. Por ejemplo, el comediógrafo romano Plauto (254-184 a. C.) escribió diversas obras musicales y de gran popularidad gozó la titulada *La comedia del fantasma*, repleta de situaciones cómicas, cuyo argumento se basaba en el engaño de un esclavo llamado Tranio a su amo Teoprópides. Generalmente, los argumentos estaban inspirados en autores griegos.

Los instrumentos musicales más utilizados en las representaciones teatrales eran los sistros, címbalos, flautas, tamboriles, castañuelas y panderetas. El teatro solo abría en las festividades, que duraban dos o tres días y en las que se representaba todo tipo de obras, desde tragedias hasta farsas, aunque las más populares eran las pantomimas, en que un actor escenificaba y bailaba una leyenda griega acompañado por música y canciones.

Otros instrumentos musicales metálicos de viento, como la tuba, el lituo (trompeta de tubo en forma de cayado) y el corno, eran utilizados también para indicar las señales militares. A estos, añadieron la bocina (curvada y hecha de cuerno de toro), usada anteriormente por los pastores. Las trompetas fueron muy empleadas en las ceremonias religiosas, y la tibia (hecha de hueso, de ahí su nombre) adquirió rango de instrumento nacional y estuvo destinada para actos fúnebres y ofrendas. Las castañuelas y los platillos o címbalos se utilizaron para marcar el ritmo en las danzas, y el conjunto musical, en especial el grupo formado por tibias y cítaras, fue muy valorado.

Los poetas recitaban sus versos acompañados de música, al igual que en Grecia, pero adquirirían mayor relieve los acontecimientos de dimensión social ya que, para los romanos, cualquier ocasión

era buena para escuchar música: desfiles, banquetes, funerales, sacrificios a los dioses, juegos y espectáculos. Habían inventado incluso un instrumento complicado para animar las matanzas del circo: el llamado órgano hidráulico. La principal función de la música era, por tanto, excitar y divertir a la muchedumbre.

Los niños, para llegar a convertirse en ciudadanos romanos, recibían una educación muy cuidada. Un bebé recién nacido era colocado a los pies de su padre y, si el bebé era niño y estaba sano, su padre lo tomaba en brazos. Las niñas, en cambio, eran entregadas directamente a la niñera. Una semana después del nacimiento de un varón, se colgaba al cuello del bebé un amuleto de oro, a modo de sonajero, llamado bulla, para indicar que había nacido libre y no esclavo. En la mayoría de los hogares, la tarea de educar era responsabilidad de los padres o de un tutor esclavo. Todos aprendían a leer y escribir, incluso los esclavos. Los niños aprendían griego, oratoria y leyes, además de habilidades militares y deportes. Las niñas aprendían a llevar la casa, mientras que algunos esclavos recibían conocimientos de aritmética para poder servir a la familia como administradores.

Cuando los niños cumplían 15 o 16 años, se celebraba una fiesta de mayoría de edad. El joven dejaba la bulla y la toga infantil en el *lararium* (altar) del hogar como ofrenda a los dioses y después se dirigía al foro con su padre y amigos para hacer un sacrificio.

La mujer romana en la vida familiar fue más importante que la griega o la de muchos pueblos de la Antigüedad. Ellas aprendían a dirigir la casa, mandaban a los esclavos los trabajos que tenían que realizar, administraban el presupuesto familiar, decidían las cuestiones domésticas, hilaban y tejían. Después de su marido, era dueña en la casa y tenía una vida muy activa en el exterior. Muchas señoras eran instruidas y amaban las artes, música, poesía y otras actividades culturales. También estaban relacionadas con el mundo de los negocios, que era compatible con la independencia patrimonial femenina, y algunas de las cuentas en el Banco de L. Caecilius lucundus eran de mujeres. Asimismo, se dedicaban a tareas económicamente productivas, como ser prestamistas de dinero, propietarias de talleres de *fliginae* (producción de objetos de terracota) o talleres textiles, propietarias de baños públicos y algunos comercios. Con el tiempo, la mujer se fue haciendo cada vez más libre y gozando de mayor autonomía, propietaria de sus bienes, de su propia dote y, a menudo, de su propia vida.

Las mujeres de hombres públicos, como cónsules, senadores, etc., en general, acompañaban a sus maridos cuando estos tenían que desplazarse durante bastante tiempo a las colonias a las que eran enviados. Ellas trataban de reproducir el modo de vida romano en esas tierras, aunque también incorporaban nuevas costumbres de ese lugar a su vida cotidiana. Estas mujeres gozaban de gran poder, pero siempre detrás de la figura de sus maridos.

Roma nos ha transmitido figuras de mujer firmemente delineadas como la dulce Octavia, la disoluta Mesalina, la imperial Gala Plácida y otras muchas que han pasado por la historia, pero en el ámbito musical no nos ha dejado un legado importante. Aun así, es de destacar que, a pesar del protagonismo masculino predominante en el ámbito artístico, fue concretamente a una mujer romana cristiana llamada Cecilia a quien se le otorgó el título de «patrona de la música». Según la tradición, esta mujer fue perseguida y martirizada por las autoridades del Imperio romano debido a sus creencias cristianas y la condenaron a muerte. Cuando estaba a punto de ser ejecutada, un 22 de noviembre alrededor del año 180, entonó un canto como alabanza a Dios y después murió. Generalmente, se la representa rodeada de instrumentos (órgano, laúd, salterio, flauta, clavicordio, violines, contrabajos, etc.) o acompañada de ángeles cantores.

Los festivales musicales para conmemorar a Cecilia comenzaron a celebrarse en Europa en el siglo xv. Esta tradición continuó en los siglos posteriores y en la actualidad cada 22 de noviembre se celebran

festivales musicales y conciertos conmemorativos en todo el mundo. Fue en el año 1594 cuando el papa Gregorio XIII nombró a santa Cecilia patrona de la música y, en el contexto europeo, esta figura ha permanecido venerada por la humanidad con este padrinazgo hasta nuestros días.

María Soledad Cabrelles Sagrado
Doctora en Filosofía y CC. de la Educación
Titulada en Música

BIBLIOGRAFÍA

- ABRASHEV, B. y GADJEV V. (2006): *Enciclopedia ilustrada de los instrumentos musicales. Todas las épocas y regiones del mundo*. Editorial H. F. Ullmann. Barcelona.
- ADKINS CHITI, P. (1995): *Las mujeres en la música*. Alianza Editorial. Madrid.
- BARROSO, P. (1993): *La música y los instrumentos*. Serie «Música y artes escénicas». Ediciones SM. Madrid.
- BERNSTEIN, L. (2002): *El maestro invita a un concierto. Conciertos para jóvenes*. Ediciones Siruela, S. A. Madrid.
- COPLAND, A. (1999): *Cómo escuchar la música*. Fondo de Cultura Económica de España, S. L. Madrid.
- DE BEAUVOIR, S. (1970): *El segundo sexo (I). Los hechos y los mitos*. Ediciones Siglo Veinte. Buenos Aires.
- DE BEAUVOIR, S. (1980): *La plenitud de la vida*. Edhasa, Narrativas contemporáneas. Barcelona.
- FRIDMAN, R. (1971): *La música para el niño por nacer*. Editorial Amarú. Salamanca.
- GONZÁLEZ LAPUENTE, A. (2003): *Diccionario de la música. Biblioteca de consulta*. Alianza Editorial, S. A. Madrid.
- HAUSER, A. (1974): *Historia social de la literatura y el arte*. Ediciones Guadarrama, S. A. Punto Omega. Madrid.
- HONOLKA, K. (1980): *Historia de la música*. EDAF Ediciones y Distribuciones, S. A. Madrid.
- PÉREZ SABIO, Z. (2011): *La mujer en la música*. En: <http://www.musikawa.es>.
- PIÑERO GIL, C. C. (2009): *Arte y mujer. Visiones de cambio y desarrollo social*. Editorial Horas y Horas. Colección «Cuadernos Inacabados». Madrid.
- RANIERI PANETTA, M. (2004): *Pompeya. Historia, vida y arte de la ciudad sepultada*. Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores. Madrid.
- RICE, M. y C. (1999): *Pompeya, la ciudad enterrada*. Ediciones SM. Madrid.
- RODRÍGUEZ TOBAL, J. M. (1990): *Safo. Poemas y fragmentos*. Poesía Hiperión, 162. Ediciones Hiperión. (Edición bilingüe). Madrid.
- TRÍAS, E. (2007): *El canto de las sirenas*. Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores. Madrid.
- TRÍAS, E. (2008): *La edad del espíritu*. Círculo de Lectores. Madrid.
- VÁZQUEZ, E. (1985): *El poder de Roma. Grandes imperios y civilizaciones*. Ediciones Sarpe, S. A. Madrid.
- VALLS GORINA, M. (2003): *Para entender la música*. Alianza Editorial, S. A. Madrid.

EL CORPUS EN EXTREMADURA

José Luis Rodríguez Plasencia

Como se sabe, la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo —antes llamada *Corpus Domini*, Cuerpo del Señor, y hoy *Corpus Christi*, Cuerpo de Cristo— es una fiesta religiosa católica destinada a proclamar y aumentar la fe en la presencia real de Jesucristo en la eucaristía. Se celebra sesenta días después del Domingo de Resurrección.

La fiesta nació en plena Edad Media cuando, en el siglo XIII, la religiosa santa Juliana de Lieja —también conocida como santa Juliana de Cornillon—, después de haber tenido algunas visiones místicas, promovió la idea de celebrar una festividad en honor al Cuerpo y la Sangre de Cristo, presentes en la eucaristía. Y a pesar de que los burgueses de Lieja se opusieron, pues ello significaba un día más de descanso para el pueblo, y que también algunos religiosos consideraban como gastos inútiles tal celebración, esta se celebró por vez primera en la diócesis de Lieja en 1246. Pero lo que al parecer le dio un impulso casi definitivo fue el hecho acaecido en la localidad italiana de Balsena —año 1263—, cuando, según la tradición, al partir un sacerdote local la hostia consagrada, brotó sangre. Y aunque los entendidos trataron de explicar el suceso atribuyéndolo a la posible presencia en el pan del pigmento rojo conocido como *prodigiosina*, segregado por la bacteria *Serratia marcescens*, el prodigio fue muy difundido y entendido como una prueba real de que se debía instaurar tal celebración. Y así, el papa Urbano IV, al promulgar la bula *Tansiturus de hoc mundo*, instituyó la fiesta para toda la Iglesia, aunque no fue reconocida por todos los elementos católicos hasta 1311, cuando el papa Clemente V, en el Concilio de Vienne, renovó la constitución de Urbano IV, regulando, además, las normas del cortejo procesional dentro del templo, y el lugar que deberían ocupar las autoridades que asistieran a la celebración. Más tarde —año 1316—, Juan XXII introdujo la Octava con exposición del Santísimo. Sin embargo, el gran espaldarazo le sería dado por Nicolás V —año 1447— cuando la Sagrada Forma salió procesionalmente por las calles de Roma.

A quienes se han dedicado al estudio comparativo de las religiones y de sus manifestaciones festivas públicas más características y extendidas por la geografía peninsular no les queda la menor duda de que una buena parte de tales devociones, especialmente en el ámbito rural, están impregnadas de elementos paganos propios de divinidades antiguas, que la Iglesia se vio obligada a adoptar, aunque tiñéndola con matices propios de la nueva religión, y que el pueblo, al verlas bajo la nueva pátina, fue perdiendo la razón de su verdadero origen. Una de estas manifestaciones religiosas es el Corpus.

La naciente Iglesia observó que, en las semanas finales de la primavera, los campesinos celebraban ciertos ritos, ajenos a su ortodoxia, destinados a pedir de sus manes protectores que se mostrasen magnánimos y les concediesen cosechas abundantes, labores agrarias que por aquellas fechas —las del Corpus— se avecinaban. De ahí que en muchas de las imágenes que salen en estas procesiones no sean sino evocaciones o reminiscencias de aquellos dioses paganos antiguos. Llámense gigantes, cabezudos o tarascas, imágenes que, como escribe Juan G. Atienza —pág. 132—, fueron mitificados por el pueblo; «gigantes coronados y enanos cabezudos, que forman parte de la más remota mitología popular¹ y que plantean, con su misma presencia, la pervivencia de la memoria de seres que

1 Recuérdense, por ejemplo, las figuras gigantescas de los rituales celtas, hechas con sarmientos, cañas y otros

aún hoy —dicen las gentes— habitan los lugares mágicos». Y ritos y escenificaciones que fueron evolucionando hasta convertirse en entremeses o misterios piadosos —característicos de los siglos **xvi** y **xvii**— relacionados con la vida de Jesús, de algún santo o del dogma católico, destinados a aleccionar al pueblo y alejarlos de las antiguas creencias. Dramas, algunos, donde los pecados lanzan sus ataques contra los símbolos del bien; dramas que simbolizan el paralelismo entre el bien y el mal, la lucha eterna del cristiano contra Lucifer y sus diablos —*diablucos*, por ejemplo—, encarnados muchas veces en árabes o en animales cargados de simbolismo sobre la vida, la muerte y el pecado, como la mítica Tarasca. Solo que muchos entremeses fueron perdiendo, con el paso del tiempo, su carácter didáctico para quedar reducidos únicamente a su parte más jocosa. Como, por ejemplo, en las localidades badajocenses de Fuentes de León —donde, al ir la custodia en un paso, los altares se construyen dentro de las casas, no en las calles— y Helechosa de los Montes, donde, además del pregón, se corona a la reina y a sus damas del Corpus. En Fuentes, incluso, se celebraban peleas de gallos.

De ahí que las procesiones del Corpus sean —desde Cataluña a Galicia y desde la vieja Cantabria a la más vieja Tartessos—, «procesiones en gran parte “florales”, es decir, de máxima exaltación agrícola».



Herrera del Duque. Foto: Ayuntamiento

Basta hacer un somero recorrido por la festividad de distintas localidades españolas y extremeñas donde, además de tapizar las calles por donde ha de pasar la custodia de helechos, tomillo, romero, juncias, juncos o ramas de palmeras forrando las paredes, como en Herrera del Duque, o con alfombras hechas de distintos materiales con motivos alusivos al Corpus, de levantar los conocidos altares llamémoslos eucarísticos, donde en algunas localidades se depositan dulces, frutas, animales... para que sean bendecidas por la Custodia antes de ser licitadas en subasta pública al objeto de recaudar dinero para las cofradías o los niños nacidos durante el año en Vitigudino (Salamanca) para ser objeto de bendición, y del ornado de balcones con colchas, encajes y mantones bordados exprofeso para la festividad, las procesiones presentan algún matiz especial, para percatarse de que en la celebración hay algo más que motivos religiosos.

Enmarcado en este ámbito floral, y como curiosidad, puede incluirse el Corpus de la localidad salmantina de Béjar. Aquí, la procesión tiene lugar el domingo después del jueves de Corpus y en ella se recuerda una

tradición del siglo **xii** relacionada con la conquista de la ciudad a los musulmanes en tiempos del rey castellano Alfonso VII². Los cristianos se cubrieron totalmente de musgo, acercándose sigilosamente a la ciudad y cuando, al llegar el día, los sarracenos abrieron la puerta de la muralla que hoy se conoce como *de la traición*, creyendo ver monstruos o alimañas, huyeron despavoridos, y cuando se dieron

elementos vegetales que primero eran paseados por la aldea y luego sacrificados en el fuego.

2 Por cierto: en Zahara de la Sierra (Cádiz) la fiesta del Corpus está unida a la villa desde que fuera reconquistada definitivamente a los árabes por don Rodrigo Ponce de León en 1483.

cuenta de la estratagema, ya era demasiado tarde. Desde entonces los bejaranos recordaron este suceso año tras año el día 17 de junio, hasta que en el siglo XIV esta celebración se unió a la del Corpus, de ahí que actualmente aparezcan desfilando hombres de musgo en la procesión.

También es tradición en esta localidad cubrir las calles con auténticas alfombras de tomillos, que, tras el paso de la procesión, los bejaranos recogen, en la creencia de que, al quedar bendecidos, ahuyentarían los rayos de las tormentas.



Vergajo de juncos (Mérida). Foto del autor

Juncos se esparcen también por las calles de los pueblos extremeños y en torno a los monumentos que van a recibir a la custodia. Y en numerosas de estas localidades tanto de Cáceres —Cilleros, Guijo de Coria...— como de Badajoz —Mérida, Castilblanco o Fuenlabrada de los Montes—, existe la costumbre o tradición de trenzar típicas cachiporras que los mayores hacen para que sus hijos o nietos se enzarcan en incruentas peleas, tal y como hacen en Herrera del Duque. Incluso en la localidad gaditana de Zahara de la Sierra llegan a realizar un concurso de cachiporras, que los zahareños hacen crujir insistentemente. La mejor elaborada y la de mejor sonoridad, según el jurado, se lleva un premio en

metálico. ¿Y con qué motivo se elaboraban? Entre mis informantes no he conseguido una respuesta aclaratoria convincente. Solo decían que los muchachos las usaban para golpearse entre ellos a modo de juego. Tal vez la respuesta se encuentre en la procesión de Zújar —Granada—, donde los mayores iban a lo largo de la procesión haciendo esas porras para que jugasen los más pequeños. «Atrás, en el recuerdo —puede leerse en *Todo Zújar* (martes, 16 de junio de 2009), Internet—, quedaba la antigua tradición de los mozos del pueblo que, al grito de “¡ijjuncia!!”, golpeaban con estas porras de junco a todo aquel que no se arrodillara al paso del Santísimo. Tradición que está registrada desde la repoblación cristiana tras la expulsión de los moriscos de Zújar en 1574, y que desde los años 70 del siglo XX se ha perdido. Como testimonio, aún se hacen estas pequeñas cachiporras de junco, para delicias de los más pequeños que con sus juegos amenizan el día, y son menos peligrosos que los mozalbetes de antaño».

Tampoco deben olvidarse las danzas —muchas de origen pagano— que se ejecutan durante la procesión del Corpus o de su Octava como secuelas de aquellos antiguos entremeses litúrgicos. Bailes que no estuvieron ligados a tal celebración hasta el siglo XVII en que, por bula del papa León XI, se permitía «bailar cubiertos ante el Santísimo». Danzantes que ejecutan sus pasos sin dar la espalda a la Custodia. Tal sucede con la danza de Reverencia al Santísimo, conocida vulgarmente como de Las Serranas, que tiene lugar en la fiesta del Corpus de Portaje —Cáceres—; danza antiquísima que, según opinan algunos, fue introducida por los pastores que acudían al pueblo en tal festividad para honrar al Santísimo. O en la ya mencionada Fuentes de León, donde los siete danzantes del Corpus, al compás del tamborilero, ejecutan danzas rituales —conocidas como la vieja y la nueva— durante la procesión, dando la cara a la custodia, y acompañan al mayordomo que porta el estandarte de la cofradía.

Y, uniendo baile y árbol —el árbol, símbolo de la regeneración de la naturaleza, de la vida inagotable, «lo cual corresponde en la ontología arcaica a la realidad absoluta, a lo ‘sagrado’ por excelencia»—, están las danzas del cordón —comunes en diversas localidades tanto extremeñas como españolas— que, al son de compases rituales, buscan trenzar cintas de diversos colores alrededor de

un palo-árbol, conocido también como ramo que, según escribe Alonso Ponga —pág. 27—, «ante todo, tiene un carácter de culto del pueblo. Se canta para alejar un mal que cae sobre la comunidad entera, es como un exvoto colectivo». O para acelerar la llegada de la primavera, adornando un árbol que se paseaba procesionalmente, antecedentes de los mayos, árboles que se colocaban hasta hace pocos años en las plazas de numerosos pueblos y que fueron sufriendo estilizaciones hasta derivar en un poste largo con adornos —según hacían los romanos con los animales y objetos sacrificiales— o en cucañas; o de las enramadas que tenían lugar al terminar las cosechas.



Baile del cordón (Villamiel. Cáceres). Foto del autor

Mencionaba con anterioridad que muchos de los mitos y escenificaciones procesionales promovidos por la Iglesia evolucionaron paulatinamente hasta mudar en entremeses o en misterios piadosos. Y la Iglesia extremeña no se quedó atrás en su intento por aleccionar al pueblo, alejándolo de sus antiguas creencias a la vez que los instruía en las sendas de la virtud y la espiritualidad. Tal fue la eterna lucha del bien contra el mal; o, lo que es lo mismo, del bien contra su máximo referente, Lucifer, simbolizado en los *diablucos* o *diablillos* que acompañaron y acompañaron algunas procesiones del Corpus en determinadas localidades de la Baja Extremadura.

Los *diablucos* fueron en algunas localidades de la Siberia Extremeña, y lo son aún en otras de esa comarca, el centro y foco principal de las fiestas del Corpus y de su Octava; personajes o figuras —encarnación del mal— que hasta no hace demasiado tiempo aparecían en la mayoría de las poblaciones de esa zona badajocense. Aunque en algunas desaparecieron por uno u otro motivo, como en Herrera del Duque, en Puebla de Alcocer o en Las Casas de Don Pedro. O en Valdecaballeros, donde desaparecieron durante la guerra civil, cuando tanto los trajes de los *diablotes* como sus máscaras ardieron en el incendio que destruyó el tejado y el retablo mayor de la iglesia parroquial.

Isabel Gallardo —pág. 317— trató en su momento de los *diablotes* de Las Casas de Don Pedro y Herrera. Escribe que, en ambas localidades, colocaban a la puerta de la iglesia numerosas vejigas de cerdo llenas de aire, colgadas de un palo. Con ella se armaban los vecinos vestidos de *diablotes*, como en Helechosa, y salían saltando y corriendo, «aullando como verdaderos demonios, por las calles del pueblo, para acorralar a sus paisanos jóvenes, respetando a las mujeres, ancianos y niños y pedirles su ofrenda al Santísimo Sacramento, con éstas o parecidas palabras: ¿Ande quiés ir? ¿A la loria o a linfierno?».

Si contestaban que a la *loria*, tenían que dar a los *diablotes* bien dinero, bien alguna otra cosa. Pero si no querían dar nada, dos *diablotes*, uno por las piernas y otro por los brazos, cogían al *roñoso* y le daban el consabido *mataculillo*³ contra una pared, y le aporreaban, además, con las vejigas. Y cuando estas se les rompían, acudían a la puerta de la iglesia para reemplazarlas.

Finalmente, con los dulces y el dinero recaudado daban después un convite en casa del mayordomo del Santísimo, y subastaban los donativos recibidos a beneficio de la hermandad.

3 Mataculillo: Golpear entre dos personas las nalgas de otra contra una pared.



Los diablucos de Helechosa Foto: Ayuntamiento

En otras localidades, como Villarta de los Montes, desaparecieron a partir de los años sesenta, pero la tradición volvió a recuperarse y, aunque en un principio fue de modo intermitente, ahora —según me confirman desde el Ayuntamiento— llevan quince años haciéndolo de forma ininterrumpida. Los *diablucos*, antaño, vestidos con su mono rojo, salían de madrugada tocando sus enormes castañuelas e iban de casa en casa pidiendo «para el Señor». Ahora, antes de la misa, se colocan a ambos lados de la puerta de la iglesia para solicitar dinero y golpear con tales crócalos a quienes se niegan a darle algo, al igual que en Herrera del Duque,

donde los *diablos* abordaban a los feligreses y no les dejaban pasar hasta que no les daban algún dinero. Y, ya dentro del templo, los *diablucos* de Villarta, durante la consagración, tocaban sus instrumentos musicales.

En Helechosa de los Montes, la pincelada profana de la ceremonia la siguen poniendo igualmente los *diablucos*, que en la víspera del Corpus y de su Octava van tocando el tambor y las castañuelas por las calles como introducción a la solemnidad. Visten mono rojo, con botones y ribetes negros, grandes orejas y rabo, también rojo, y a veces se acompañan de cascabeles.

La mañana del Corpus y antes de la misa, los *diablucos*, vestidos con su característico uniforme, aunque con el rostro al descubierto, dan primero vueltas por las calles del pueblo para luego dirigirse a los domicilios del mayordomo de la Hermandad del Santísimo y del resto de los hermanos que la conforman. Y todos juntos se encaminan a la casa parroquial, donde los *diablucos* reciben de manos del sacerdote —depositario de las mismas— las caretas con forma de diablo y el trapo negro con que cubrir su rostro. Y, con ellas puestas y danzando, van hacia la iglesia, a cuyas puertas ejecutan varias piruetas y desplantes, conformando luego un arco para que a través de él pasen el cura y las autoridades. Ya en el templo, durante la misa, hacen sonar el tambor y las castañuelas. Terminada la eucaristía, tiene lugar la procesión, durante la cual los *diablucos* bailan hacia atrás y hacia adelante, dando la cara o la espalda, alternativamente, a la custodia. La procesión transcurre por algunas calles, deteniéndose ante los altares adornados con motivos florales que se han levantado en el recorrido, donde también se han colocado dulces y algunos animales. Cuando el sacerdote intenta bendecir el monumento, los *diablucos* no cesan de hacer ruido y de bailar ante la custodia a fin de atraer la atención de los fieles, a la vez que hacen mofa del acto religioso. Los presentes tratan de atraer su atención y de entretenerlos dándoles refrescos mientras el sacerdote cumple con su cometido. Luego la procesión intenta continuar, pero los *diablucos*, con sus cabriolas y sus mofas, pretenden impedirle el paso, objetivo que consiguen durante unos instantes. Y así todo el recorrido, hasta llegar de vuelta al templo, instante en el que la eucaristía los hace huir, vencidos.

Por la tarde tiene lugar la subasta pública de los dulces y animales que fueron bendecidos en los altares durante la procesión. Es lo que se conoce como *almoneda*⁴.

4 Para mayor información, véase el trabajo de Isabel Gallardo, págs. 311 y ss.

Igualmente, me refieren desde el Ayuntamiento de Herrera que antaño, una vez concluida la procesión, el sacerdote y los cofrades del Santísimo, junto con otros invitados, se dirigían al *infierno*, curioso nombre asignado a la casa del mayordomo, a participar de un convite, momento que aprovechaban los *diablos* para mostrar a los asistentes cuantos regalos habían hecho los vecinos a la cofradía; regalos que más tarde eran subastados. En Helechosa de los Montes, son la reina y sus damas quienes ofrecen dulces al mayordomo y sus acompañantes; es lo que se conoce como *la aurora*.

La celebración eucarística de Herrera se remonta, según tradición, al siglo XIV, conociéndose el día del Corpus como Día del Señor Grande, y su Octava como Día del Señor Chico.

En esta localidad toman protagonismo principal cuatro *diablillos* y una *diabla*, personajes que, como en otros lugares de esta comarca badajocense, representan el mal. Salen a primeras horas del día del Corpus. Visten un traje negro con ribetes rojos, y en la espalda llevan dibujadas o bordadas calaveras o escenas del infierno y completan su vestimenta con un rabo y un gorro cónico, excepto la *diabla* que lleva un gran sombrero. Pero no bailan. Van armados con un tridente y en su recorrido reparten altramuces y garbanzos —*tostones*—, recibiendo a cambio dinero o especies para la cofradía. Mientras realizan esta cuestación, los chiquillos le tiran brevas, que han sido mantenidas algún tiempo en agua o en el congelador para aumentar su dureza; eso si no las han rellenado con pequeñas piedras para conseguirlo. En fin, que tanto estos *diablillos* como los *diablucos* puede decirse que fueron incorporados a las procesiones eucarísticas como símbolos de las fuerzas negativas sometidas a la voluntad divina y obligada a realizar funciones de baja índole, como la de ser pedigüeños, tal y como acontece con los gigantes y cabezudos de otras procesiones que, yendo en apariencia como personajes triunfantes, van en realidad, según escribe Cirlot Valenzuela, citado por Sánchez Dragó —pág. 107—, «como los vencidos que los romanos incorporaban a sus grandiosos desfiles una vez terminadas las campañas militares».

La procesión, como en otras localidades, transcurre por calles engalanadas con motivos florales y en los altares se colocan dulces, frutas y animales, conocidos como *cositas* que, al igual que en Helechosa, son bendecidos por el Santísimo. Terminada la procesión, los *diablillos* se encargan de llevar las ofrendas bendecidas al *infierno*, un bar de la plaza donde se guardan hasta el momento de la subasta.

Durante la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII, el Corpus de Badajoz podía equipararse en brillantez y esplendor a los de otras ciudades españolas como Sevilla, Toledo, Madrid o Barcelona; de ahí que los canónigos de la seo badajocense afirmasen con orgullo que en Extremadura no se conocían otras fiestas del Corpus que pudieran igualarse a la de su ciudad.

En aquellos tiempos⁵, el lunes anterior a la fiesta se celebraban importantes corridas de toros, y la víspera, al caer la tarde, se representaban en un tablado anejo a la catedral obras de capa y espada. Y, al anochecer, la fiesta continuaba en las casas de los mayordomos de gremios y cofradías, mientras se adornaban y velaban las imágenes que acompañarían al Santísimo el día grande.

La fiesta del Corpus, propiamente dicho, comenzaba a las cinco de la madrugada con los oficios presididos por los cabildos secular y eclesiástico. Y una hora más tarde se sacaba la Custodia en procesión hasta el campo de San Juan, donde era colocada, bajo dosel, en un tablado elevado junto a la puerta conocida como del Cordero. El cortejo era acompañado por gremios, cofradías, imágenes de santos, bailarinas y danzantes, y a las ocho se iniciaba la representación de autos y comedias de santos, hasta que, a la una de la tarde, se iniciaba la procesión, por un trayecto entoldado —debido

5 Me atenderé a la descripción que de esta fiesta se recoge en *Raíces*, tomo II. *Extremadura festiva*, pág. 189-192.

al calor— y alfombrado de juncias y acompañada. Los festejos concluían con la representación de una nueva comedia sobre la vida de algún santo.

El domingo de la Infraoctava salía la procesión del conocido como Corpus Chico de la parroquia de Sta. María del Castillo, y el miércoles siguiente concluían las celebraciones con la veneración pública de la eucaristía en el claustro de la catedral.

Con el tiempo, el Corpus badajocense fue sufriendo altibajos, hasta la actualidad, en que ha quedado reducida a una sola y austera jornada.

Mención aparte merecen el Corpus y su Octava en Peñalsordo, declarada por el Gobierno español Fiesta de Interés Turístico Nacional (13 de abril de 1973), y Fiesta de Interés Turístico Regional por el Gobierno extremeño el 17 de diciembre de 1985.

Peñalsordo es una localidad badajocense que se sitúa en el extremo sureste de la provincia, en las proximidades de los límites con Ciudad Real y Córdoba. Formó parte de la Beturia Túrdula y actualmente pertenece a la comarca de La Serena, partido judicial de Castuera y diócesis de Toledo. La localidad tiene como patrona a la Virgen del Carmen, pero, sin duda, la festividad que goza de mayor fervor popular es la del Corpus Christi y su Octava, efemérides que, según cuentan, conmemoran la reconquista del castillo roquero de la vecina Capilla a los moriscos por parte de las tropas cristianas allá por el siglo XVI. Sin embargo, sobre la verosimilitud de esta leyenda existen fundamentadas dudas o discrepancias de las que trataré más adelante.

Según cuenta la leyenda peñalsordeña, ante los inútiles intentos de tomar la fortaleza de Capilla, en poder de los moriscos, por parte de las tropas cristianas al mando del general Cachafre —o Cachafrem, según Brugarola— y de su lugarteniente Palenque —extraños nombres que han servido para bautizar un arroyo y una sierra a las afueras de Peñalsordo, ¿o en realidad fue al revés?⁶—, el primero se encomendó al Santísimo Sacramento la víspera del Corpus, prometiendo fundar un cofradía que llevara su nombre si les ayudaba en la conquista de la fortaleza. Inspirado por la Divinidad, Cachafre reunió todos los carneros que había en la comarca y, tras quitarle los cencerros, ya de noche, colocó en sus cuernos bengalas encendidas. Luego, hizo que algunos soldados empujaran a los animales hacia el castillo mientras él, con otro contingente de tropas, atacaba por otra parte. Los moriscos, al ver tantas luminarias, pensaron que correspondían a un potente ejército, de ahí que huyeran despavoridos, dejando libre el castillo. Cuando Cachafre entró en él, solo encontró a un viejo y una vieja con su nieto Rafaelillo y dos vaquillas.

Y Cachafre, fiel a su promesa, se dispuso a fundar la Hermandad del Santísimo Sacramento. Para ello, la víspera de la Octava del Corpus, mandó a un sargento que, espada en mano, recorriese el pueblo llamando a los soldados que habían intervenido en el ataque. Estos, con jopos encendidos, le siguieron, lanzando salvas al Santísimo. Este fue el origen de la Cofradía de los Soldados del Santísimo Sacramento, o del Señor, que, según Martín Brugarola —pág. 527—, tiene concedida la bula de Minerva⁷ y a la que el papa Paulo III otorgó muchas indulgencias.

6 Topónimos que no aparecen citados ni por Lorenzana, año 1782 ni por Tomás López, en 1798.

7 Minerva, la diosa romana de las artes, de la guerra y protectora de los artesanos, era adorada, junto con Jano y Júpiter —la Tríada Capitolina— en el monte Capitolio, en la zona conocida como Campo de Marte, en un templo que se encontraba, según restos descubiertos, bajo la actual basílica menor romana de Santa María sopra Minerva —de sopra, 'sobre'—. De ahí que el título de Procesiones de Minerva o Corpus de Minerva únicamente se otorgase a las que estuviesen organizadas por hermandades sacramentales parroquiales agregadas a la romana de Santa María.



El sargento de Peñalsordo. Foto: Ayuntamiento

En la actualidad, la fiesta de Peñalsordo se reparte en cuatro días: vigilia del Corpus, Corpus, vigilia de la Octava y domingo de la Octava.

La tarde de la vigilia del Corpus, el sargento, acompañado del tamborilero y blandiendo su espada, recorre el pueblo a caballo para avisar a los cofrades. Al pasar por la puerta de cada uno de ellos, aquel grita «Alabado sea el Santísimo Sacramento», que es correspondido con un «Por siempre alabado sea» por parte del cofrade. Una vez todos reunidos, junto con la bandera, se dirigen a la iglesia, donde oyen las vísperas. Concluidos los actos religiosos, marchan bien a casa de alguna persona ajena a la hermandad, bien a la casa de algún miembro de la cofradía que, por manda, les ofrece un convite.

La mañana del Corpus, el sargento y el tamborilero salen de nuevo avisando a los cofrades quienes, una vez todos juntos y encabezados por el bullidor o Hermano Mayor, se dirigen a la iglesia, donde las distintas jerarquías o rangos ocuparán lugares preferentes dentro del templo, de donde sale la procesión con la Custodia bajo palio. Con anterioridad, la mayordoma y

miembros de los jefes de turno habrán levantado un altar en la calle Larga, sobre el cual han colocado un pequeño templete con una imagen del Niño Jesús, lugar que será ocupado por la custodia cuando la procesión llegue allí. Juncias, poleos y matranchos —la hierbabuena silvestre— inundan el lugar con sus aromas. Luego, los hermanos forman dos filas, al final de las cuales se coloca el sargento con la alabarda hacia abajo, insignia que levantará más tarde al grito preceptivo de «Alabado sea el Santísimo Sacramento», que es acompañado por los presentes con el consabido «Por siempre alabado sea». De nuevo en la iglesia, cada dignidad ocupa su lugar y, tras la bendición del sacerdote, las distintas insignias rinden honores al Santísimo. Terminada la misa, el sacerdote, el mayordomo, el Hermano Mayor y los cofrades se dirigen a la plaza del pueblo seguidos por los fieles asistentes, donde se formará un gran corro. Entonces, el sargento pasa la bandera de la cofradía al mayordomo, que intentará banderarla del mejor modo posible, haciendo gala de habilidad y técnica. Este flamear concluye con el consabido «Alabado sea...» y la respuesta por parte de los cofrades. Luego, la bandera irá pasando por el capitán y el alférez para finalizar en el sargento, quien es el último en ondearla. Finalizado este acto, el mayordomo invita a las autoridades a un convite en casa del capitán y acabado el ágape, y por riguroso orden jerárquico, los hermanos son devueltos a sus respectivos domicilios, poniendo así fin a la festividad del Corpus. Aunque hasta hace unos años los miembros de la hermandad asistían a un rezo del rosario vespertino en la parroquia; este acto religioso ha desaparecido en la actualidad.

La víspera de la Octava, por la tarde, sale de nuevo el sargento a caballo enarbolando su espada; le acompaña el tamborilero y en el recorrido se le van uniendo los hermanos que aún no han sido sargentos. En medio de la calle y delante de las casas de cada cofrade se ha prendido una cesta de mimbre que el sargento rebasa haciendo saltar al caballo. Por su parte, el tamborilero mantiene un

toque rítmico, mientras los cofrades van dando saltitos a su compás. También algunos vecinos se unen al grupo para danzar al son de los bailes —las *alcancías*—. Tras tomar un pequeño refrigerio en casa del sargento, y después de un breve descanso, comienzan una segunda vuelta por el pueblo y de nuevo se repiten los saltos sobre las cestas encendidas. Ahora, el sargento ha sustituido la espada por la alabarda, o pinche grande, una especie de cetro rematado por un pináculo de flores. Luego la comitiva se dirige a casa del capitán y de allí a la del abuelo y de la abuela. Estos dos personajes se acompañan con grandes castañuelas —crótalos— que no cesan de tocar al compás de las *alcancías*. Por su parte, la abuela porta en sus brazos un muñeco de trapo, que personifica a Rafaelillo, el niño que abandonaron sus padres junto con el abuelo y la abuela y que los cristianos encontraron, junto con las dos vaquillas, cuando entraron en la fortaleza de Capilla.

La comitiva se dirige a casa del mayordomo. Ante la puerta, el sargento se adelanta y pronuncia en consabido «Alabado sea...», que es respondido por el Hermano Mayor de la hermandad con el ya mencionado «Por siempre...». Después, en dos filas y precedidos por el sargento, se encaminan a la plaza, mientras los vecinos más jóvenes corren sosteniendo jopos de bálago encendidos, dan dos o tres vueltas en torno a la fuente y a continuación suben a la balconada del ayuntamiento, mientras el vecindario queda a la expectativa para presenciar uno de los actos más esperados de las fiestas: las mojigangas, poemas más o menos versificados que recogen de forma jocosa y picaresca acontecimientos que han ocurrido en el pueblo durante el año. Concluidas las mojigangas, los hermanos salen de nuevo a la plaza para, al son de las *alcancías*, dar otras dos o tres vueltas en torno a la fuente.

En la mañana de la Octava, de nuevo salen el tamborilero y el sargento, enarbolando este su espada, para una primera vuelta. Esta vez van solos, sin el acompañamiento de cofrades ni portadores de jopos pues, mientras ellos recorren las calles, los otros hermanos enjaezan sus burros con colchas bordadas y todo tipo de atavíos de papel: cintas, estrellas, corazones..., incluso las patas y pezuñas de los rucios son objeto de atención. Terminado el empavesado de los borricos, los cofrades se reúnen cada cual en su casilla o cargo. El sargento, que otra vez ha cambiado su espada por la alabarda, encabezando su grupo, se dirige con el tamborilero a la casilla del alférez, que le espera montado igualmente en su caballo y portando la bandera de la cofradía, al frente de su grupo. Y todos juntos se encaminan hacia la casilla del capitán, que los recibe igualmente a caballo, al frente de sus cofrades. El encuentro de los tres jefes y el resto de la hermandad es acompañado del ya mencionado «Alabado sea...», que es seguido de la conocida respuesta de «Por siempre alabado sea». A continuación se dirigen todos a casa del abuelo, que aguarda montado en su borrico, aparejado con dos esportillas hechas de juncia, en las que introduce los pies a modo de espuelas. Después van al domicilio de la abuela, que espera subida sobre una silla de tijeras, que llaman jamuga, con Rafaelillo en los brazos, pasando finalmente a recoger al bullidor. En casa de este esperan las vaquillas, dos jóvenes que visten unos artificios que simulan dos astados pintados en tela cubriéndole la espalda y terminando su parte delantera con dos cuernos que ellos sujetan con sus manos. Estas van empujando al mayordomo, que marcha a pie, aunque antaño iba también a caballo como los tres jefes, al tiempo que el resto de cofrades montan sus correspondientes jumentos. Todos se dirigen a la cuesta que lleva a la antigua iglesia de Santa Brígida, donde tendrá lugar una carrera entre el sargento, el alférez y el capitán, para ver cuál de los tres llega primero a la cima. Concluida la carrera y proclamado el vencedor, la hermandad en pleno se dirige hacia el lugar conocido como el Cacho Desa —o Cacho Dehesa—, un barrio a las afueras del pueblo, donde se forma un corro con los asnos. En el centro se sitúan los jefes y las vaquillas, que permanecen arrodilladas para realizar el llamado acatamiento. Comienzan los rucios a marchar en círculo, pero cada mitad en sentido opuesto. Al sonido de una salva que lanza un hermano o el bullidor, los astados salen corriendo, al tiempo que algunos cofrades sobre sus cuadrúpedos los persiguen dándoles alcance y reconduciéndolos de nuevo al redil. Otra vez va a repetirse el acatamiento y ante el sonido de otra

salva las vaquillas tratan de cornear a los cofrades que tienen más cerca. Los hermanos entregan sus burros a sus familiares y obligan a los animales a que no se estén quietos. Estos arremeten contra las personas que se topan, especialmente si son chicas jóvenes. Luego, los miembros de la hermandad y cuantos han presenciado el espectáculo se dirigen a la iglesia, envueltos en olores de juncias, poleos y matranchos, para asistir a la misa, donde los hermanos, con el mayordomo a la cabeza, las tres insignias —capitán, alférez y sargento—, el abuelo y la abuela ocuparán los lugares reservados a su dignidad: el mayordomo y los hermanos en los primeros bancos del templo, y las insignias, con los dos viejos, en las gradas del altar mayor. Concluida la misa, la Custodia, bajo palio, sale en procesión, como el día del Corpus, solo que, antes de que retorne al templo, el mayordomo ha ordenado a algunos hermanos jóvenes que se sitúen delante de la puerta de entrada al mismo para que formen un castillo humano ante el Santísimo. Este castillo recuerda la toma de Capilla a los moriscos por Cachafre y sus soldados.

Al llegar el Santísimo ante la puerta del templo se extiende ante Él, en el suelo, una bandera, para que la Custodia pase sobre ella. Este castillo, haciendo continuas genuflexiones, entra en la iglesia en pos de la Custodia, hasta remontar las cinco gradas que dan acceso al altar mayor. Mientras, el portador de la bandera no cesa de ondear su insignia. Luego, el castillo se deshace, a la vez que los jefes ocupan la cuarta grada del templo y los cofrades forman dos filas en el pasillo central de la iglesia. Cuando el sacerdote imparte su bendición con la Custodia, cada cofrade hace sonar la campanilla o cencerro del que tiene delante. Y cuando el sacerdote guarda la Custodia dentro del Sagrario, el sargento profiere en alta voz el tan consabido «Alabado sea...», que es respondido con la también referida respuesta por cuantos llenan el templo.

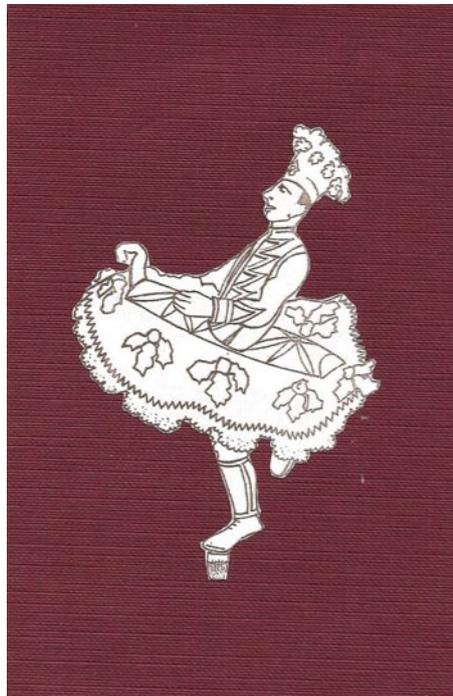
Concluida la misa y antes de tomar un refrigerio, el sacerdote y demás personajes acuden a la plaza, donde los abuelos procuran ensanchar un corro, dentro del cual intervendrán el abanderado y las demás insignias. Concluida esta expansión, las vaquillas, que han pasado desapercibidas hasta entonces, se revuelven y arremeten contra los presentes, y de modo especial contra las muchachas jóvenes, que huyen mostrando un pavor que no sienten. Transcurrido un tiempo prudencial, la comitiva, acompañada por las autoridades locales, se dirige a casa del alférez, donde se les agasaja con un convite.

Entre cuatro y ocho años, cuando la junta directiva lo cree conveniente, se celebra la representación popular de los Caballitos. Los muchachos más jóvenes se ciñen a la cintura unas enaguas en forma de cuerpo de caballo, colocan en la parte delantera una cabeza de ese mismo animal hecha de madera, que ellos sujetan con unas riendas, y en la trasera una cola, también equina. Sobre sus espaldas llevan un cartón alargado que les protege por detrás el cuello y la cabeza. Cargan también un cesto con huevos rellenos de serrín. Una vez formado un círculo alrededor de la fuente de la plaza, a una señal del tamborilero, cada caballito coge un huevo del cesto y, al marcar el tamboril un quinto paso, lo lanzará contra el caballito que tiene delante, procurando que se estrelle contra el cartón protector. Pasado un tiempo, los caballitos lanzan sus huevos a discreción contra otros objetivos, rememorando el bombardeo a que fue sometido el castillo. Los caballitos estaban atendidos en todo momento por un veterinario y un herrador, que atendían sus enfermedades, pues estos personajes portaban un botiquín con medicinas, un líquido milagroso que les suministraban por un gran embudo a través del gaznate.

En resumen: podría deducirse, si nos atenemos a lo dicho, que tanto en la víspera como durante el Corpus mismo se hace memoria de la iluminación divina que tuvo Cachafre para hacer posible la conquista de Capilla y a escaramuzas preliminares destinadas a tantear o explorar el terreno; preparativos que concluirían el sábado de la Octava, ataque que al fin se produciría el domingo, con la consiguiente victoria y celebración festiva posterior, simbolizada en la procesión por las calles del pueblo, la forma-



El Caballito. Peñalsordo



Zamalzain. Carnaval
del país de Soule

ción del castillo humano y el bandereo subsiguiente. El abuelo, la abuela, Rafaelito, las mojjangas, las vaquillas y los Caballitos tendrán tratamiento aparte.

De Peñalsordo se desconoce la fecha exacta de su fundación, aunque debió de ser posterior a la definitiva reconquista de la zona a los musulmanes, en el año 1226, según Jiménez de Rada —no en 1228, como escribe el Padre Mariana—. Según la tradición, su *fundador* o primer habitante fue el cabrero Pedro Peña, más conocido, por faltarle una oreja, como Peña el Sordo —en algunas fuentes del siglo *xvi* aparece como Peña el Gordo—, aunque al lugar también se le identifica con una llamada Piedra del Sordo, donde este personaje edificó, supuestamente, su chozo o cabaña de pastor, a la que se fueron añadiendo otros pastores, en torno a una ermita erigida en el siglo *xiv* en honor a santa Brígida de Irlanda, sobre la que se erigió otra con la misma advocación en el siglo *xvi*. «La veracidad de tal leyenda —escribe Alberto González Rodríguez, *Gran Enciclopedia Extremeña*, pág. 71— no está documentada; aunque los autores que tratan de esta población dan por cierto que el núcleo tuvo su origen durante el siglo *xiv*», en unas cabañas de cabreros establecidas en torno a la citada ermita. Y añade que avalan esta circunstancia diversos topónimos relacionados con el mundo de los pastores, tales como pozo de Pedro o pilar Alto y las calles Lobera y Hatillo, entre otros. Sin olvidar la calle Plata «por la que discurre la vieja ruta que antiguamente canalizaba el tráfico del azogue y otros minerales desde la vecina Almadén y otras del entorno, hasta Sevilla y Córdoba». Por otra parte, en su relación de *Pueblos extremeños de la Diócesis de Toledo*, del año 1782 —anotada por Fernando Jiménez de Gregorio—, el cardenal e historiador Francisco de Lorenzana, además de señalar que, salvo Herrera del Duque y la Puebla de Alcocer, los demás pueblos adscritos a la diócesis toledana —Capilla de la Zarza, Las Casas de Don Pedro, Garlitos, Garbayuela, Helechosa, Pelоче, Peñalsordo, El Risco Zarza Capilla— eran «mínimas aldeas, algunas ínfimas y paupérrimas» y que estos pueblos apenas habían sido estudiados —«¡son tan pequeños y tan pobres!» (pág. 339)—, señala también que el comienzo de Peñalsordo «fue un chozo de un cabrero sordo, situado al pie de una peña» (pág. 348), noticia que es ampliada por Jiménez de Gregorio (nota 18, pág. 348): «Su origen hay que buscarlo en la explotación de las colmenas, en el ganado cabrío, y como ya hemos dicho... en el tránsito del ganado mesteño, merino o trashumante». Su origen, pues, parece estar claro, aunque no así el año de su fundación. Lo

cierto es que en un documento de 1461, existente en el archivo de la Casa de Béjar-Osuna —dueña de La Peña del Sordo hasta la muerte sin descendencia del último duque de Béjar en 1777—, se cita al pueblo, aldea de Capilla, con el nombre de La Peña del Sordo, que evolucionaría posteriormente a Peña el Sordo, hasta llegar al actual Peñalsordo.

Finalmente, el 22 de julio de 1631, el rey don Felipe IV concedió al lugar de Peña el Sordo —así se le conocía entonces— el privilegio de villazgo, separándolo así de Capilla, aunque ambas localidades siguieran dependiendo jurisdiccionalmente del ducado de Béjar.

Por su parte, Capilla —Capilla de la Zarza, según Lorenzana—, perteneciente también a la comarca de La Serena, ha sido un lugar de asentamiento humano desde la Antigüedad, como certifican las numerosas pinturas rupestres halladas en la zona. En la época celta se conoció como *Mirobriga Turdulorum* —*Vilobrega* según Tomás López, pág. 125, y Lorenzana, pág. 339—, un nudo importante de comunicaciones que mantuvo su importancia durante la época romana, como afirma Cayo Plinio Segundo, más conocido como Plinio el Viejo, que califica el lugar de «insigne municipio»; importancia estratégica que mantuvo durante la época árabe en el eje de comunicaciones entre Mérida, Sevilla, Córdoba, Almadén y Toledo. De ello habla el puente medieval, llamado de Garbayuela, a media legua en dirección a Peñalsordo, hoy muy deteriorado, tal vez de origen romano, «por el que pasa la mayor parte del ganado trashumante que vaja [sic] de la sierra a toda la Extremadura y Andalucía» (López, pág. 340).

Tras la victoria de las tropas cristianas en las Navas de Tolosa —año 1212—, el poder almohade en la península decayó, provocando con ello la aparición de nuevas taifas. Capilla perteneció hasta 1224 a la taifa de Sevilla, año en que pasó a la de Baeza, cuyo rey, al-Bayasí, se la entregó en 1225 a Fernando III de Castilla, de quien se había hecho vasallo. Los habitantes de la fortaleza se negaron a entregarla a los cristianos, mas, tras un largo asedio, acabó rindiéndose. Tomás López —pág. 12— escribe que, según noticias «que quedan sentadas en la antecedente villa de Garlitos, fueron conquistadores de esta villa Don Diego López de Gaya [“de Baya”, según Lorenzana, op. cit.] y Alfonsino Sánchez Olalla, su hijo, naturales de las montañas de Santander, valle de Zieza»⁸. Por su parte, en la relación de las localidades pertenecientes a la diócesis de Toledo, al tratar de Capilla escribe Madoz —tomo II, pág. 181— que allí, en Capilla, existe un valle «que se llama de la Orden, por decirse que allí se dispuso el que había de llevarse en la toma del Castillo de Capilla».

Los habitantes de la fortaleza, con sus bienes, por mediación de Fernando III, fueron llevados al castillo de Gahete, la actual Belalcázar, que aún seguía en manos musulmanas. Posteriormente, Capilla volvería a perderse, hasta que fue tomada definitivamente por los templarios en 1228. Y tras la extinción de esta Orden en 1309, pasó a don Gonzalo Pérez, maestre de Alcántara y en 1382 a la Casa de Béjar, al ser comprada por don Diego López de Estúñiga, camarero mayor de Juan I de Castilla. Hago estas referencias históricas por considerarlas necesarias para tratar de esclarecer la leyenda que, según los peñalsordeños, dio origen al Corpus y su Octava en esa localidad.

8 Según puede leerse en la relación de Lorenzana —págs. 342-343—, Garlito era un pueblo antiguo, ya habitado por hispanorromanos. La descripción afirma que fue conquistada en tiempos de Fernando III, al mismo tiempo que Capilla, según refiere el padre Mariana en su famosa *Historia de España*. En el archivo figura una relación de personas ancianas que declaran haber conocido a los nietos de los conquistadores de ambas villas, al mismo tiempo que se conservan algunos romances que entonces se cantaban: «Alfonsino caballero de la noble Castilla. / Buen galán, / hidalgo entero y ganador de Capilla. / En la guerra contra el moro murió como buen guerrero». Los conquistadores López Baya y su hijo, Sánchez Olalla (el famoso Alfonsino del romance), vivieron en una casa-fuerte que edificaron a medio cuarto de legua del actual Garlitos, entre el este y el sur. En la época de la información estaba arruinada, aunque se conservan los cimientos y vestigios de un antiguo foso. La familia de los conquistadores «se ha oscurecido por haber venido a la pobreza».

Como dije, los peñalsordeños mantienen que el castillo de Capilla fue reconquistado a los moriscos granadinos que, concluida su fallida rebelión de Las Alpujarras como oposición a la Pragmática Sanción decretada por Felipe II en 1567 y deportados a varios puntos de la corona de Castilla, se habían hecho fuertes en dicha fortaleza allá por el siglo XVI. Sin embargo, como en el Archivo Histórico Diocesano de Toledo no consta el número de moriscos que pudieron ser desterrados a estos territorios de su diócesis, no podemos saber si llegó un número importante de granadinos suficiente para apoderarse del castillo y hacer frente a las tropas de Cachafre, pues si son ciertos los datos que recoge Alberto González Rodríguez —*Gran Enciclopedia Extremeña*, tomo VIII, pág. 71—, en el siglo XVI, Peñalsordo ya constituía un notable centro, «de regular entidad, compuesto por 450 casas con más de 2000 habitantes», contingente capaz de hacer frente a los reducidos números de moriscos —la mayor parte mujeres, niños y ancianos—, pues, a Extremadura —según Julio Fernández Nieva, *La Inquisición y los moriscos extremeños (1585-1610)*, págs. 66-67— entre 1570 y 1585 llegaron un total de 11 024, de los cuales 10 176 se repartieron por las catorce cabezas de partido existentes —con una media de 722,5 moriscos por cabecera⁹— para que sus corregidores o gobernadores procurasen buscarles acomodo en los pueblos bajo su jurisdicción, lo más lejos posible unos de otros, para evitar potenciales agrupaciones moriscas, y por los veinte lugares de señorío (diciembre de 1571 y enero de 1572), 1848, lo que suponía una media de 92,4¹⁰.

Y es el mismo Alejandro García Galán —cronista oficial de Peñalsordo, pág. 2— quien pone en duda la leyenda popular cuando escribe que «una escaramuza entre cristianos viejos y cristianos nuevos o moriscos en el siglo XVI en Peñalsordo y no en Capilla» fue «la base probable del origen de la fundación de la Cofradía de los Soldados del Santísimo Sacramento». Según este cronista, la presencia morisca en Peñalsordo no está documentada, pero sí en Almadén, población desde la cual, por proximidad, debió de llegar algún contingente a Peñalsordo, donde pudo producirse un enfrentamiento o escaramuza entre los recién llegados y los cristianos viejos peñalsordeños, dando lugar a «la leyenda que mezcla lo fantástico con la realidad, el mundo morisco del siglo XVI con el mundo musulmán del siglo XIII, en que fue conquistado el castillo de Capilla, cuando aún no existía ni el Corpus en España ni tampoco Peñalsordo» (pág. 3), pues, como dije más arriba, el Corpus fue reconocido por todo el mundo católico en 1311. Bien es cierto que, antes de las deportaciones, la presencia morisca en las dos Castillas y Extremadura, por ejemplo, era más bien escasa; moriscos que casi no se diferenciaban de los cristianos viejos, con quienes convivían pacíficamente. Pero la llegada de los expulsos granadinos alteró esta situación, pues mostraban abiertamente sus creencias islámicas y usaban de sus costumbres sin reparo alguno, lo cual provocó —como escribe Fernández Nieva, *Apéndice estadístico: La Inquisición y los moriscos extremeños (1585-1610)*, pág. 208— «una invencible y, con frecuencia, alborotada repugnancia de los cristianos viejos» hacia ellos. Y hace referencia a los trágicos sucesos acaecidos en Azuaga en la noche del 18 al 19 de marzo de 1571, donde hubo cuchilladas, heridos y un morisco y una morisca muertos en el asalto a sus domicilios de «gente moza y alegre después de una cena».

En mi opinión, cuando el castillo de Capilla fue conquistado por las tropas castellanas que comandaban los santanderinos Diego López de Gaya y su hijo Alfonsino Sánchez —el Cachafre y el Palenque de la leyenda—, Peñalsordo aún no existía, pues fue a raíz de la expulsión de los árabes y quedar expedito y seguro el paso por esta zona cuando debió de comenzar la repoblación y el trasiego de

9 Siendo los Partidos de Llerena (con 1623), Plasencia (con 1360), Mérida (con 1357) y Trujillo (con 1209), los que más recibieron.

10 Al Estado de Medellín, en doble entrega, fueron 457 moriscos y a Zafra/Ducado de Feria, 400, como los que más recibieron.

ganados a estos pastos de invierno. Uno de estos primeros repobladores sería Pedro Peña quien (si, como se dice le faltaba una oreja; de ahí lo de *sordo*) bien pudo ser un combatiente herido en el asalto al castillo, concediéndosele por el privilegio de ser el primero en erigir su chozo de pastor en el ámbito que luego se convertiría en Peñalsordo.

En fin, recordando las palabras de Jorge Luis Borges, de que «los hechos históricos están ocultos en la leyenda, que no es una invención arbitraria, sino una deformación de la realidad», no cabe duda de que en Peñalsordo sucedió lo contrario, ya que se trató de ocultar la leyenda con un hecho histórico; o lo que viene a ser lo mismo: hacer historia con la leyenda.

Pero es que, además, a esta leyenda o tradición peñalsordeña, aparecen agregados una serie de actos que, en esencia, no son exclusivos de Peñalsordo: el bandereo, las mojigangas, el abuelo y la abuela, el nieto Rafaelillo, los Caballitos..., adiciones algunas de ellas que proceden de las tradicionales mascaradas —donde únicamente intervienen hombres, que incluso interpretan los personajes femeninos, por lo que fueron criticados por algunos padres de la Iglesia como san Agustín— que, entre comienzos de año y finales del carnaval, se celebraban y aún se celebran tanto en Europa como en España, algunas de las cuales llegaron a Extremadura —y en concreto a Peñalsordo— con los pastores mesteños que por la cañada real leonesa bajaban a los llanos de La Serena, una de las principales zonas de pastos de invierno para las ovejas merinas. Aunque, de todos ellos, el bandereo que se ejecuta la mañana del Corpus tal vez sea el más extendido por Extremadura —en la parte noroccidental de la provincia de Cáceres, por ejemplo—, tradición que se conoce como *suerte de la bandera*, *suerte de echar la bandera* o *revolear la bandera*, que en todos los casos se ejecuta por un motivo religioso. Por citar algún ejemplo, el 24 de septiembre en Ahigal se lleva hasta la parroquia en procesión el Cristo de los Remedios, deteniéndose el cortejo en plazuelas o bocacalles para que el abanderado eche el gallardete ante la imagen del Crucificado; o en El Bronco —pedanía de Santa Cruz de Paniagua—, donde se lanza la bandera de la parroquia en día 3 de febrero, en la de Santa Magdalena —22 de julio— y en la de San Antón, el 12 de agosto¹¹, en algunos de los cuales, como Coria, había que echarla mediante la entrega de una limosna. ¿Pero cuál pudo ser el origen o el motivo de este ritual?

En la segunda entrega de mi trabajo *Echar la bandera* (pág. 34), me incliné por el origen italiano del revoleo de la bandera, concretamente por los festejos que tienen lugar la tarde anterior a la carrera del Palio de Siena, donde las comparsas de las *contradas* o distritos de la localidad no cesan de lanzar y voltear sus banderas durante el desfile que precede a la carrera, como hacen los devotos de los pueblos extremeños mencionados, entre ellos Peñalsordo. ¿Y cómo llegó a Extremadura tal costumbre? También se sabe que la costumbre italiana pasó a Alemania y de allí a Bruselas —el *Ommegang*, *ir alrededor o pasear*—, una de cuyas celebraciones fue ofrecida a Carlos V por las autoridades bruselenses con motivo de la visita —año 1549— que el monarca realizó a la ciudad para presentarles al infante Felipe, futuro Felipe II. Y yo me preguntaba y me pregunto: ¿por qué no pudo ser alguno de los soldados que acompañaron al emperador en su visita a Bruselas o alguno de los cortesanos flamencos que le acompañaron en su viaje a Yuste desde los Países Bajos —entre 1556 y 1557— quien introdujera en Extremadura tal revoleo, lo que explicaría que sea preferentemente en pueblos cacereños donde persista con mayor fuerza?

Tampoco las *mojigangas* son exclusivas de Peñalsordo. Basta con leer el trabajo de Baroja mencionado para tener una idea de lo extendida que está esta costumbre que, como él dice, tiene el propósito deliberado «de poner al aire toda la chismografía del lugar». Por ejemplo —pág. 205—, señala que en los carnavales gallegos aparece un mozo disfrazado que se monta al revés en un burro y

11 Para mayor información sobre estas y otras localidades cacereñas, véase *Echar la bandera* (I), págs. 22-24.

lee un sermón que es conocido como *Entroido*, composición poético-humorística de algún aficionado que alude a los hechos que más pueden interesar en la aldea, especialmente los vicios. En Rabanal del Camino, en la Maragatería leonesa, el primero de año salen unos personajes disfrazados, los *zamarracos*, que sacan igualmente a relucir las faltas de los vecinos, siendo la *repartición del burro*, versos que componen las mujeres, uno de los temas más esperados. «Aludiendo a la muerte de un burro o una vaca u otra bestia doméstica de algún vecino—escribe Baroja, pág. 223—, los zamarracos proceden a su repartición, es decir, que cada persona del pueblo le dan la parte que más parece corresponder a sus características, es decir, al chismoso o a la chismosa la lengua, a la bailarina las patas, a la desvergonzada el rabo, etc.». Costumbre que también existe en el valle del Baztán navarro o en la asturiana Pola de Siero, por citar solo algunos.

Caro Baroja hace referencia igualmente a los viejos, viejas y niños que aparecen en infinidad de festejos, que no son exclusivos de España. Señala, por ejemplo, que en la Tracia griega aparece una vieja portando un cedazo que contiene un trozo de madera u otro objeto extraño que hace el papel de un niño sietemesino «de padre desconocido» —¿tal vez como el Rafaelillo de Capilla?—, y donde la vieja unas veces hace de madre y otras de nodriza —¿y por qué no de abuela?—. Para Frazer y Dawkins —que Baroja cita, pág. 278—, el niño del cedazo —*likni* en griego— es Dionysos, que entre sus numerosos sobrenombres tiene el de *liknites* —‘el del cedazo’—. Igualmente aparecen parejas de viejos y viejas en el carnaval bereber, que por algunos detalles puede deducirse que representan el año que concluye. Y a veces, la vieja finge un parto: ¿el año nuevo? Y en algunas localidades del Tirol salen parejas de hombres y mujeres —viejos y viejas— con un niño... Y por citar una de las costumbres relacionadas con el tema, que recoge Baroja, haré referencia a los *bardancos* de Campo de Caso, en Asturias, donde aparecían dos mozos disfrazados: uno de mujer vieja —*Marica*— y otro como su marido. «La vieja —escribe Baroja, pág. 202— aparecía como en estado de preñez», que frente a una hoguera fingía sentir los dolores del parto. Entonces, el marido llamaba a los *bardancos*, que ejercían de médicos. «Uno por uno hacían el reconocimiento de la vieja sin resultado y en vista de ello eran golpeados, teniendo que saltar por encima de la hoguera» —¿los cestos que en la víspera de la Octava del Corpus arden frente a las casas de los cofrades y que el sargento ha de saltar con su caballo?—. Al final, *Marica* paría un gato y todo terminaba felizmente¹².

También los Caballitos —que en Peñalsordo no parecen gozar de gran representatividad— han tenido larga tradición en el norte de España. Son los *zaldikos* que aparecen en los carnavales navarros de Lanz ya desde el siglo XVI, que son perseguidos por los herradores, que finalmente logran cogerlos y fingen herrarlos. O el Zamalzain de la mascarada roja, que también huye, mientras los castradores y los gitanos —otros personajes de la comparsa— se lanzan en su persecución, «como se hace cuando un animal se escapa del rebaño» (Baroja, pág. 156). Zamalzain interviene también en la danza del vaso, donde trata de subirse en un vaso sin derramar su contenido, y que tiene su paralelismo en la danza de la botella de Las Hurdes, antaño una jarra de vino o una vasija de cobre¹³.

También la escena del *acatamiento* guarda cierta semejanza —aunque algunos se vean entremezclados— con las mascaradas de El País de Soule —Xiberoa o Zuberoa—, la más oriental de las tres provincias que configuran el País Vasco Francés —Iparralde—. Si en Peñalsordo se forma un corro con los asnos, en cuyo centro se sitúan los jefes y las vaquillas, en la danza de la *branlia*, los jóvenes del

12 En otras localidades asturianas, como Quirós, aparecía la *Filaora*, «una vieja cuya misión era la de hila, fingirse de parto y parir» (Baroja, pág. 197). Y en Obona, una comparsa que salía a primeros de año sacaba un muñeco que representaba a un recién nacido (Baroja, *ibíd.*).

13 Para mayor información, véase mi trabajo «La danza de la botella», en *Las Hurdes*, n.º 25, pág. 15.



Las vaquillas. Peñalsordo. Foto: Ayuntamiento

pueblo bailan formando un círculo —una danza—, en cuyo centro está Zamalzain, el caballito; como las vaquillas en Peñalsordo. Aquí, las vaquillas se espantan y salen corriendo, perseguidos a lomos de mula por algunos cofrades; en Soul, cuando los castradores y los gitanos se lanzan en persecución de Zamalzain, este huye, como «cuando un animal se escapa del rebaño» (Baroja, pág. 156), aunque finalmente, y tras muchas peripecias, gitanos y herradores lo cogen y es herrado y castrado. «El que hace la operación arroja al aire dos corchos que simulan ser los órganos genitales» y «Zamalzain por ello finge quedar debilitado, pero poco a poco, recupera después sus fuerzas y baila, saltando más que nunca» (ibíd., pág. 160). Y, de nuevo, me pregunto: ¿sería inadecuado pensar ahora que la escena de la castración se dio igualmente en esta localidad del extremo suroriental de Badajoz, y que al tratarse de una fiesta con tanto acervo y sentido religioso, tal acto parecería poco edificante al sacerdote de turno, ya que la emasculación tenía lugar en público, en presencia de mujeres y niños? ¿Acaso no sucedió lo mismo con el galán y la madama de las carantoñas de Acehúche, Cáceres, que en cierto momento en que el galán descubre los devaneos que su pareja se trae con las carantoñas, tira de sable para hacerlas huir? ¿Y que ya libres de acosadores inoportunos, galán y madama se refugiaban muy amartelados en un rincón, según Publio Hurtado —págs. 24 y ss.— «a comerse la manzana [...] la que Eva ofreció a Adán en el paraíso?». Pero estas escenas debieron parecer poco edificantes por un párroco local, aunque no sin gran trabajo, al menos durante la procesión.

Y si en Iparralde es el Zamalzain, en la orensana villa de Viana del Bollo es la mula guiada por el maragato quien sale; dos hombres, de los cuales el delantero lleva la cabeza del animal, hecha de paja y cartón, y el de atrás el resto del cuerpo de la acémila. Al llegar a la plaza, la mula se pone enferma, síntoma que descubre el maragato porque el animal se tira al suelo y no quiere andar. Pero, tras el

remedio que le aplica el albéitar —una mezcla de pan de trigo, azúcar y vino—, la mula salta y cuando es llevada a herrar, se escapa y corre dando coces a diestro y siniestro. «La semejanza de esta escena con una de las mascaradas suletinas —escribe Caro Baroja, pág. 207— es innegable. En Galicia, como en Vasconia, como en otras partes, salen estos équidos fingidos de primero de año o carnaval que son acaso representaciones o encarnaciones de viejos númenes... Hasta la enfermedad de la 'mula' de Viana parece corresponder al desfallecimiento de Zamalzain».

Y si trasladamos estas celebraciones a Extremadura, en Las Hurdes —según escribe Barroso Gutiérrez, *Raíces*, II, pág. 265— «también se da una especie de simbiosis hombre-animal», festejos donde las personas se atavían con pieles, a la vez que imitan exageradamente los movimientos de determinados animales, «que a veces mueren y luego al darles un trago de vino, resucitan». Tal es el caso de la vaca *Antruejos* hurdana. Eso sin olvidar la pantomima del *burro Antruejo*, también de Las Hurdes; la carnavalesca *Maravaquilla* de Arroyo de la Luz, la vaca *Pinta* de Torrecilla de los Ángeles, la vaca *Pinta* en Casares de las Hurdes y Ovejuela, la vaca *Embolá* de La Saucedá y Campo Lugar, el toro *Cesto* de Higuera de Vargas —Badajoz—, la vaca *Pendona*, de Montehermoso, las capeas infantiles en la badajocense Fuentes de León, donde los más jóvenes usan de un armazón semejante al que usan los toreros para entrenarse... Relación que se extendería en una larga lista¹⁴, rememoraciones, como escribe Félix Barroso —*La Solana. Apuntes para un calendario agropecuario y etnográfico de la Alta Extremadura*, pág. 64—, de «arcaicas reminiscencias del culto al toro», entroncadas con «viejos ritos de fertilidad» en una tierra de toros. El toro, símbolo de la fuerza, de la virilidad, del poder genésico, tótem para muchos pueblos, como es para Extremadura, donde, según algunos, anduvo Gerión con sus rebaños de toros como parte que fue de Tartessos (así parecen demostrarlo los restos encontrados en el yacimiento de Cancho Roano, en la localidad badajocense de Quintana de la Serena).

14 Para mayor información, véase mi trabajo *Sobre algunas fiestas populares extremeñas de carácter taurino*. N.º 19, págs. 38-45.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO PONGA, José L. «Los ramos de Alcuetas: Manifestaciones religiosas populares en la Comarca de los Oteros (León)». *Revista de Folklore*, n.º 11. Valladolid, 1981.
- ATIENZA, Juan G. *Los santos imposibles*. Plaza & Janés, Barcelona, 1977.
- BARROSO GUTIÉRREZ, Félix. *Raíces*. Tomo II. *Extremadura festiva*. Coleccionables Hoy. «Hoy». *Diario de Extremadura*, Badajoz, 1995.
- «La Solana. Apuntes para un calendario agropecuario y etnográfico de la Alta Extremadura». *Revista de Folklore*, n.º 64. Valladolid, 1986.
- BRUGAROLA, Martín. «Los soldados del Santísimo Sacramento en Peñalsordo (Badajoz)». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, tomo VII, cuaderno 3. Madrid, 1951.
- CARO BAROJA, Julio. «Mascaradas de invierno en España y en otras partes». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, tomo XIX, cuadernos 1, 2, 3. Madrid, 1963.
- ELIADE, Mircea. *Historia de las religiones. Morfología y dialéctica de lo sagrado*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1990.
- FERNÁNDEZ NIEVA, Julio. *Apéndice estadístico: La Inquisición y los moriscos extremeños (1585-1610)*. Badajoz, 1979.
- GALLARDO de ÁLVAREZ, Isabel. «De Folklore». *Revista de Estudios Extremeños*, n.º XVI. Badajoz, 1942.
- GARCÍA GALÁN, Alejandro. *El Corpus Christi y su Octava en Peñalsordo (Extremadura)*. Museo Octava del Corpus, Peñalsordo, 2006.
- Gran Enciclopedia Extremeña*. Ediciones Extremeñas, S. A., tomo VIII. Mérida, 1992.
- La Santa Biblia*. Traducida de los textos originales en equipo bajo la dirección del Dr. Evaristo Martín Niego. Ediciones Paulinas, Madrid, 1973.
- LÓPEZ, Tomas, *La provincia de Extremadura a final del siglo s. XVIII*. (Editada como *Extremadura*, por López, por la Asamblea de Extremadura, con estudio y recopilación de Gonzalo Barrientos Alfageme). Mérida, 1991.
- MADOZ, Pascual. *Diccionario histórico-estadístico de Extremadura*. Jefatura Provincial del Movimiento, Cáceres.
- HURTADO, Publio. «La carantoñada de Acehúche (costumbres populares)». *Revista de Extremadura*, año VII, n.º LXVII. Cáceres, enero, 1905.
- RODRÍGUEZ PLASENCIA, José Luis. «Echar la bandera» (I). *Ahigal*. *Revista Cultural*, n.º 51, octubre-diciembre. Ahigal, 2012.
- «Echar la bandera» (II). *Ahigal*. *Revista Cultural*, n.º 52, enero-marzo. Ahigal, 2013.
- «La danza de la Botella. Las Hurdes». *Revista sociocultural de As-Hurdes*, época III, número 25, diciembre, 2011.
- «Sobre algunas fiestas populares extremeñas de carácter taurino». *Brindis*. *Revista Cultural del Club Taurino Trujillano*, n.º 19. Octubre, 2013.
- SÁNCHEZ DRAGÓ, Fernando. *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*. Tomo II, Argos Vergara, Barcelona, 1981.
- VERLAG HERDER. *Figuras bíblicas*. Ediciones Rioduero de la Editorial Católica. Madrid, 1985.

Lámalo compartir Lámanos futuro

Caja España y Caja Duero hemos dicho sí a crear juntas un gran futuro. Nace una nueva Caja, abierta a todos, en la que sumamos nuestras fuerzas para ofrecerte cada día el mejor servicio.

Caja España 

Caja Duero 